

HELEN BLUE

UN *Amar*
A LA FUERZA



2

Capítulo 9

La mañana siguiente amaneció de un extraño color carmesí. El cielo los miraba con reproche, repleto de blancas y espumosas nubes. El sol disparaba su calor con precisión, dorando la piel de los tripulantes del barco. Todos se encontraban en la cubierta del barco. Algunos lloraban, como Amy. Dean, por su parte, se había encargado de intentar consolar a la rubia pues ésta estaba demasiado frustrada en aquellos momentos como para pensar en nada más. Por su parte Jack se mantenía sereno al frente de todos, esperando la llegada de cierta pelirroja acompañada por Patrick.

Pero en el fondo estaba demasiado

nervioso.

Su corazón latía a mil por hora.

La llegada de la princesa no se hizo de esperar. Patrick la llevaba sujeta del brazo mientras ella dejaba que algunas últimas lágrimas se escurriesen por su perfecto rostro. Jack la miró con seriedad, desde el otro extremo.

Y poco a poco se fue acercando hasta ella.

—Este será tú castigo —le dijo.

La pelirroja acarició con sus manos el rostro del muchacho, pues lo tenía demasiado cerca del suyo, de forma que podía sentir su mentolado aliento. Él cerró los ojos, como disfrutando del último contacto con Elizabeth.

—Bien. Llevárosela —dijo él finalmente; separándose la chica muy a

su pesar y con algo de dificultad.

Otros dos piratas la cogieron de sendos brazos. Una tabla se encontraba extendida en la cubierta del barco. Una tabla de la que Elizabeth debería saltar para caer finalmente al mar. Y quedarse allí mientras el barco continuaba su rumbo hacia el horizonte.

Jack sintió un profundo dolor en el pecho mientras la subían a la tabla. Ella giró su rostro clavando su tierna mirada en el muchacho mientras las lágrimas continuaban apoderándose de su rostro. De pronto alguien habló.

—Yo no estoy de acuerdo con el castigo —dijo Dean, valiente—. Tendrás que tirarme a mí también, Jack...

El capitán lo miró fijamente a los

ojos. El que había sido siempre su mejor amigo le estaba pidiendo que lo matase. Y él no pensaba echarse atrás.

—Está bien. Caerás después que Elizabeth.

—¡Yo también! —Musitó de pronto Amy. Jack volvió a torcer la mirada.

—Sí. Bueno... tú tampoco tenías mucho que hacer ya en este barco. —Ironizó molesto. Patrick ladeó la cabeza, contrariado. —Bien, arriba—. Murmuro.

Observó cómo los dos piratas colocaban a Elizabeth sobre la tabla de madera.

—Camina —le ordenó Jack a la pelirroja notando como un nudo se formaba en su estómago, impidiéndole respirar—. Adelante.

La pelirroja caminó lentamente sobre la tabla, hasta llegar al extremo de ésta, donde tendría que caer al mar, pues ya no había más superficie. Las aguas se movían cautelosas en el océano. Y en aquella parte del mar eran de un color azul oscuro. A Jack le tembló el pulso unos instantes, pero no se echó hacia atrás.

Elizabeth dio un paso al frente, entre lágrimas. Y finalmente su cuerpo se deslizó por el aire hasta caer al agua. Todos miraron asombrados a su capitán, pues algunos aún tenían dudas sobre si iba a cumplir su mandato o no.

Jack sintió como un profundo hueco se formaba en su estómago cuando escuchó el ruido de las aguas moverse al chocar el cuerpo de Elizabeth contra éstas.

Corrió hasta la proa parándose en la barandilla del barco. Y observó cómo el cuerpo de Elizabeth quedaba poco a poco atrás, conforme el barco se alejaba del lugar donde ella había caído al agua.

Sintió pequeñas lágrimas recorriendo su rostro. Sintió que no podría aguantar tanto dolor ni la conciencia de haber sido él quien le hizo aquello.

Impulsado por el fuego que inundaba su alma, Jack se tiró al agua de cabeza al tiempo que toda su tripulación ahogaba un gemido de asombro. Todos se quedaron estáticos.

Jack sintió el frío del océano en su piel. Notó cómo sus ropas se pegaban a su cuerpo a causa del agua. Observó el cuerpo de Elizabeth a lo lejos, hundiéndose en las aguas. El chico

avanzó nadando hasta ella rápidamente. Cuando llegó hasta donde la pelirroja se encontraba, se sumergió en el mar, buceando en las profundidades. Alcanzó el cuerpo de Elizabeth, y la cogió delicadamente entre sus brazos. Poco después los dos salieron de nuevo a la superficie, Jack sujetando a la pelirroja.

Todos los tripulantes del barco miraban la escena desde lo alto de éste. Amy se abrazó a Dean de la alegría. Patrick sonrió complacido.

—¡A qué demonios estáis esperando! —indicó a la tripulación—. ¡Rápido, tirar el ancla! —Chilló. Pues el barco se estaba alejando poco a poco de los otros dos jóvenes que se encontraban en el agua.

Jack abrazó con cariño a Elizabeth,

sintiendo que había estado a punto de perderla para siempre. Ella besó sus labios efusivamente, mientras sollozaba.

—Te amo Jack... —Le dijo, segura—. Te juro que te amo.

Él la cogió tiernamente entre sus brazos, nadando de espaldas para que la pelirroja no tragase más agua e intentando llegar hasta el barco, donde Patrick ya había bajado las escaleras para que pudiesen subir de nuevo a la cubierta. Cosa que no tardaron demasiado en conseguir. Cuando lo hicieron les dejaron solos.

Elizabeth se abrazó fuertemente al muchacho. Besó sus labios mientras tiritaba a causa del frío al estar empapada. Él la miró sereno mientras se fundía en su cuerpo.

—Tenemos que hablar —le susurró.

Jack estudió las facciones del rostro de Elizabeth. La muchacha estaba pálida a causa del frío del mar, pues no estaba acostumbrada a éste. Él la abrazó suavemente sintiendo la empapada ropa de la chica y una culpabilidad que le quemaba el corazón, pero es que se había sentido tan traicionado por ella, todo lo que siempre había odiado...

—Tienes razón, tenemos que hablar —admitió ella.

—Sí. —Jack sonrió satisfecho, en el fondo, por volver a tener a su lado, a sabiendas de lo cerca que había estado de perderla—. Pero primero comerás algo y te cambiarás de ropa —le indicó él.

Elizabeth volvió a abrazar su cuerpo

con cariño. Poco después los dos bajaron a la habitación del capitán. Jack le dejó algunas ropas para que se cambiase, pues las otras estaban empapadas de agua.

—No mires —le indicó Elizabeth mientras se quitaba la camisa.

—¡Pero si no es la primera vez que te veo! —Se quejó él, consternado.

—Bueno... —Ella lo miró sonrojada—. Pero ahora me da vergüenza.

—Está bien. —Jack le dio un último beso en los labios—. Mientras tanto saldré para traer algo de comida.

Y dicho aquello se esfumó por la puerta de la habitación. Elizabeth se cambió de ropa rápidamente para poco después acurrucarse en la cama. Verdaderamente estaba agotada, habían

sido unos instantes muy duros que jamás pensó que llegaría a vivir. Su interior le decía que debía odiar a Jack por lo que había hecho, pero algo mucho más profundo impedía que ese odio surgiese combatido por el amor que sentía hacia el pirata. Y en algún recóndito lugar, una voz de conciencia, también le indicaba que ella no había hecho bien en mentirle. A nadie le agradaba mantener una relación sin confianza, sin verdades. Pues él, Jack, no tenía nada que ocultar. Estaba orgulloso de sí mismo y de su persona, por eso desde un primer momento se había mostrado tal como era, al contrario que Elizabeth. La muchacha suspiró confusa mientras él entraba de nuevo en la habitación con una bandeja entre las manos.

—Yo... Jack... quería decirte que siento... no haber... —Comenzó ella.

—¡Shh...! Ahora no. Come. —Sonrió algo apenado—. Luego hablaremos.

De forma que los dos jóvenes comieron en silencio, mirándose el uno al otro, recorriendo sus ojos con las pupilas impregnadas de cariño. Sintiendo un odio imperdonable. Y al mismo tiempo un amor capaz de derribar todas las barreras. Mezclando los muchísimos sentimientos que pasaban por sus mentes. Por instinto se repelían, pero por alma se atraían de una forma insaciable.

Jack terminó rápidamente de comer buscando la perfecta excusa para salir de la habitación, pues debía llevar los platos arriba, y romper así aquella

incómoda tempestad que se había desatado entre ellos. Cuando llegó arriba se encontró con Dean. Patrick también estaba allí.

—Enhorabuena; ahora eres un idiota arrepentido —dijo Patrick divertido mientras palmeaba su espalda—. No. En serio... hiciste lo correcto salvándola. Y lo sabes.

Jack asintió. Y se sorprendió al escuchar las palabras de Dean.

—Tienes razón; por una vez estoy de acuerdo contigo —dijo mirando a Patrick. Éste chasqueó los dedos, sonriente.

Y Jack se fijó en que los dos muchachos ya no se dirigían extrañas miradas de odio. Claro, que él no sabía siquiera el porqué.

—Prepararme el bote. —Ordenó el capitán—. Dentro de un rato tirar el ancla. Quiero dar una vuelta con Elizabeth en la barca. —Explicó.

—¡Qué romántico! —Se burló Patrick. Aunque estaba contento porque él se hubiese arrepentido del castigo de Elizabeth, con el paso de los días le había cogido cariño a la pelirroja. Pues para ser una princesa era más bien modesta.

Jack rio junto con sus dos mejores amigos. Y se sintió extraño de tenerlos a los dos juntos, era como si supiese a ciegas que ninguno de aquellos dos piratas sería capaz de traicionarlo jamás por la espalda. Pues la conexión que les unía era mucho más fuerte que cualquier tesoro escondido en el fondo del

océano.

Los otros prepararon el bote. Y él llevó a Elizabeth hasta la cubierta.

—Sube ahí —le indicó.

—¿Qué? —Elizabeth lo miró asustada. Habían echado el ancla y los tripulantes disfrutaban ahora de los últimos rayos de sol de la tarde—. Esa barca se mueve mucho... —Se quejó ella.

—No seas cobarde —le espetó Jack—. Baja las escaleras y sube al bote. O hazlo detrás de mí.

La pelirroja se quedó estática, de forma que Jack empezó a bajar por las escaleras de madera hasta subirse en el bote. Y sí era cierto que éste se tambaleaba mucho, pero nada fuera de lo normal. Elizabeth lo siguió poco

después, bastante insegura. El pirata cogió los remos cuando los dos se encontraron en la pequeña barca y comenzaron a alejarse del barco.

—Jack... esto se mueve mucho. —
Insistió la pelirroja.

—Cállate si no quieres que te tire al agua —dijo él seriamente.

Elizabeth lo miró desconfiada al tiempo que tragaba saliva nerviosa.

—¡Era broma! —Terció Jack divertido ante la asustada mueca de ella. Elizabeth le pegó levemente una palmada en el hombro por lo que la barca se movió cuando él intentó esquivar su mano.

Jack rio divertido ante el miedo de la muchacha con el movimiento de la barca. Y sonriente se levantó y empezó a

bailar encima moviéndola de un lado a otro.

—¡Jack! ¡PARA, por favor! Se volcará... estás loco... —Chillaba ella sujetándose a los extremos mientras el pirata reía.

Por suerte no tardó demasiado en cansarse de bailar. Ya se habían alejado lo suficiente del barco, pues éste apenas se observaba tras algunas rocas que sobresalían del mar. Se quedaron en silencio:

» El sol parecía mirarles desde lo alto del horizonte, al tiempo que se escondía tras éste lentamente. Pequeñas luces titilantes impregnaban sus rostros anhelantes, desprendiendo el último toque de calor del día. El viento soplaba despacio y cálido, aunque empezaba a

refrescar un poco. El lugar era mágico. Parecía que ellos, sólo ellos, estaban alejados de todo el mundo. A solas en una pequeña barca en medio del océano, observando el más bello de los atardeceres. Pues una luz anaranjada cubría el techo dándole una vista confortable. Y mientras tanto el agua del mar se movía junto a ellos, sutilmente. Y un delicioso olor a salitre invadía el ambiente.

Elizabeth miró a su compañero tristemente. Quería odiarlo, pero no podía. Quería decirle que no le amaba, pero tampoco era capaz de ello. Es más, quería decirle tantas cosas que jamás tendrían el valor suficiente como para salir de sus labios... Ella no podía mentir. Quizá fue porque desde siempre

la educaron de cierto modo. Y mentir respecto a los sentimientos se le hacía totalmente imposible.

Mientras tanto Jack la miraba anhelante, intentando buscar las palabras adecuadas para empezar a hablar. Porque sabía que ella estaba esperando que él lo hiciese. Porque la conocía mejor que nadie. Pensó decirle que *lo sentía muchísimo el hecho de haberla tirado al agua. Que le perdonase, pues él le quería...* Pero aquello era totalmente incierto. Por alguna extraña razón, por bastante cruel que pudiese parecer... Jack no se arrepentía de haberla tirado al agua. Él tenía la creencia de que cada suceso en la vida ocurría por alguna u otra razón. Quizá Elizabeth estaba destinada a caer al agua

al igual que él estaba destinado a tirarse tras ella poco después. Y sin pensárselo más decidió ser sincero. Decidió decir las palabras que antes saliesen de sus labios, explicándolo todo tal cual, sin rodeos ni excusas absurdas que no funcionaban con él.

—Hice lo que debía hacer... — Comenzó Jack mientras la miraba fijamente, aunque, de vez en cuando, apartaba la vista para posarla sobre el hermoso horizonte—. Yo siempre he odiado a tu padre... él nos quitó la Isla a los Piratas. Y mató a muchos de éstos cuando la conquistó. Por eso... lo último que siempre había deseado era llegar a enamorarme de su hija. —Explicó con sencillez—. Pero pasó —añadió—. Igualmente, no... no puedo saber cómo

te veré a partir de ahora.

—Pero... —Terció ella temblorosa.

—No es eso... —Interrumpió Jack—.

La cuestión es que ahora cada vez que esté a tú lado pensaré también que estoy con su hija. Y es una situación difícil, porque algo dentro de mí me indica que debo odiarte. —Dijo—. Y en parte creo que te odio, pero no por ello puedo dejar de amarte. Sí, sé lo que vas a decirme... es una situación verdaderamente extraña, pero es cierto. Te amo, pero al mismo tiempo... no te aguanto.

Elizabeth lo miró contrariada. Pero no pudo evitar reír ante la parte cómica de la situación. Sabía que él estaba siendo sincero. Sin dejarle que continuase hablando lo abrazó, fundiéndose al

mismo tiempo entre los amarillentos colores del titilante cielo.

—Te quiero —le susurró al oído, mientras se lo mordisqueaba suavemente, sin hacerle daño. Jack notó como empezaba a excitarse de forma que apartó levemente a la muchacha, controlando la situación—. Yo también debería odiarte, en parte: me secuestraste, me trataste mal los primeros días y además has intentado matarme... —Musitó ella casi entre risas. —Pero a pesar de eso te sigo amando. Y ni siquiera sé porque lo hago, pero eso no puedo decidirlo; es mi corazón quien habla.

Jack sonrió mientras cogía la temblorosa mano de la muchacha.

—Estamos juntos en esto —le dijo—.

Además... aún nos queda averiguar el misterio del sueño, ¿no crees...?

—Por supuesto. —Elizabeth correspondió la sonrisa del pirata—. Y gracias por traerme a este lugar —dijo mientras observaba en derredor—. Es precioso.

—Lo sé. Por eso estás aquí. —Sonrió—. Aunque no puede igualarse a lo infinitamente preciosa que eres tú —dijo, y volvieron a abrazarse como si necesitasen el calor del otro para seguir viviendo.

El atardecer fue llegando mágicamente a su fin. Las aguas se hacían más espumosas, al tiempo que se tornaban de un color más oscuro. Jack comenzó a remar para volver hasta el barco. Y cuando lo consiguieron le

indicó a Elizabeth que fuese a lavarse levemente, por lo que él le preparó un cubo de agua caliente con un pequeño trapo. Mientras tanto Jack se fue a hacer otras cosas. Otra cosa que tenía preparada desde hacía mucho tiempo. Cosa que había preparado días atrás. Cosa que... al fin, quería disfrutar con Elizabeth.

Cuando terminó se dirigió de nuevo a su habitación. Y la encontró allí tumbada sobre la cama, pensativa. La cogió delicadamente de la mano indicándole que siguiese sus pasos. Bajaron la segunda escalera del barco hasta llegar a una de las tantas bodegas. Una luz titilante se observaba desde la puerta. Elizabeth sonrió.

—Esto... es... para mí... —Balbuceó

sorprendida.

—Lo preparé la noche que nos enfadamos —le explicó él satisfecho por la reacción de la chica—. Pero... no se disfrutó demasiado, como comprenderás.

La pelirroja observó aquella bella habitación iluminada por la luz de las velas. Todo estaba perfecto. Una botella de vino se encontraba a un lado de la mesa, junto con otros platos repletos de deliciosos manjares. Las paredes de madera de la habitación le daban un toque único al lugar. Una luz titilante se extendía por el lugar. Jack había colocado dos cómodas sillas al lado de la mesa, así que la pelirroja lo abrazó fuertemente, más luego se sentó. Y él hizo lo mismo frente a ella.

Le sirvió vino en una pequeña copa.

Y cuando los dos las tuvieron llenas él la alzó para brindar.

—Porque esta noche sea perfecta... por nuestro amor —dijo satisfecho ante la sonrisa de la chica.

Un ligero tintineo se escuchó cuando las copas chocaron débilmente. Los dos bebieron algunos tragos disfrutando del sabor del vino.

—Supongo que esto no será ni la mitad del lujo que tienes en palacio... pero de verdad quería que esta noche fuese especial —dijo él.

—Seguramente será más especial que todas las noches que he pasado en palacio. —Admitió ella, convencida de lo último que había dicho. Él sonrió mientras empezaba a comer su filete de

carne. Elizabeth lo imitó manejando hábilmente los alimentos con los cubiertos.

—Cuéntame entonces algo de tu vida ahora que sé lo principal —le pidió Jack, intentando no ponerse nervioso.

Elizabeth tosió, sorprendida. Cuando terminó de tragar lo miró algo dudosa. Y finalmente se dispuso a hablar.

—No recuerdo haber hecho nada interesante a lo largo de mi vida. —Admitió ante el pirata—. Me levantaba a media mañana y pasaba un rato por palacio. Después comía con mi padre mientras hablábamos de cosas sin demasiada importancia. Y luego solía pasar las tardes por los jardines del lugar, normalmente me acompañaba Amy. Y a veces Dean o Liam nos hacían

alguna que otra visita. Allí tomábamos té mientras charlábamos. Luego volvía a dormirme después de cenar de nuevo con mi padre.

Jack alzó una ceja sorprendido mientras continuaba comiendo.

—Bueno... digo que algo más harías —dijo, curioso—. Si no... te hubieses aburrido eternamente en ese lugar. Vamos, seguro que te pasabas en día de fiesta en fiesta.

Elizabeth rio.

—Las fiestas que mi padre da en palacio no son exactamente lo que tú crees conocer. —Explicó ella—. Son verdaderamente horribles. Y desde luego lo último que haces es divertirte. Más que fiesta se deberían de llamar reuniones de gente adinerada o

importante. —Dijo—. Lo único que hacía era ponerme un apretado corsé al tiempo que sonreía tras cada estúpido comentario de algún rico que le hacía la pelota a mi padre para intentar casarse conmigo.

Jack formó una mueca de asco ante lo que la pelirroja no pudo evitar reír. Seguía viéndose igual de atractivo incluso cuando parecía algo molesto. Y él, por alguna extraña razón después de que Elizabeth le contase sus eternos días en palacio, lo único que pudo sentir por ella fue lástima.

—Podrías haber intentado hacer algo: Cambiar a tu padre, por ejemplo. La vida diaria en esa Isla sería mucho más divertida sí también hubiera Piratas. Pero claro, tenemos casi prohibida la

entrada a no ser que lo hagamos intimidando. —Explicó él—. Nunca entendí las manías de cerrarse en un solo núcleo de gente. Es una idea verdaderamente estúpida.

—Lo sé. Pero mi padre nunca me haría caso al respecto —dijo Elizabeth—. Él odia profundamente a los Piratas. Nunca me ha dicho el porqué, pero sé que tiene que tener alguna razón. Él no es nada superficial, al contrario, antiguamente le encantaba leer libros de Piratas, lo sé porque tiene muchísimos en la biblioteca que yo he leído tiempo después, aunque él me lo prohibió.

Jack la miró, curioso, pero no dijo nada al respecto. Continuaron algún rato más en silencio, les gustaba observarse desde los extremos de la mesa, mientras

comían, recorriendo cada detalle de sus rostros, disfrutando de las miradas silenciosas que ponían llegar a transmitir más de mil palabras. No les hacía falta hablar.

Al final, cuando terminaron dejaron los restos sobre la mesa. Jack se levantó cogiendo a la muchacha dulcemente de la mano. Y ella lo entendió tras observar el brillo en los ojos del pirata. Pero no sólo era la pelirroja la que conseguía descifrar sus sentimientos. Él también sabía que ella lo deseaba profundamente. Juntos, cogidos de la mano, comenzaron a soplar las velas que se encontraban en la habitación, apagándolas. Jack cogió la última que tenía encendida para que les iluminase el camino por las escaleras del barco. Y

ambos subieron hasta la habitación de él. Apenas se cerró la puerta Elizabeth comenzó a besar tiernamente sus labios, mientras él hacía esfuerzos para contenerse, pues tenía que dejar la vela sobre la mesa de noche. Finalmente, cuando lo consiguió, sonrió al tiempo que correspondía los besos de la pelirroja. Sentía su alma arder.

Elizabeth sintió el tacto gélido de sus nudillos rozando su mejilla. Y el labio le tembló. No podía evitarlo, él poseía algo especial que hacía que su cuerpo se tambalease ante cada una de sus simples caricias. Ella se separó levemente de él.

—Te odio —le dijo mirándolo directamente en los ojos.

—Sí. —Susurró Jack mientras sonreía—. Pero también me amas.

Sus bocas se encadenaron, se atrajeron, se hundieron la una y la otra en un frenesí de hielo y fuego, de amor y odio, de pasión y desesperación... Jack hundió su lengua en la boca de la chica, recorriendo su interior con la lengua antes de enlazarla hábilmente con la suya. Elizabeth le clavó las manos en los hombros, adhiriendo su cuerpo al de él, como si quisiese traspasar las barreras físicas para fusionarse con Jack. Las manos del pirata descendieron por la frágil columna de la muchacha hasta el final de su espalda y se cerraron sobre sus glúteos con fiereza. La alzó en el aire y soltando un gemido, ella enredó sus piernas en torno a su cintura y las manos en su nuca, sin dejar de besarle.

Jack caminó a tientas por la

habitación, hacia la cama que se encontraba a su lado. Con escasa delicadeza, arrojó el cuerpo delgado y alargado de la chica sobre la cama, que rebotó suavemente y se incorporó con las manos apoyadas sobre las sábanas. Jack la observó con el cabello revuelto, la respiración agitada y los labios entreabiertos. Sus mejillas estaban cubiertas de rubor y sus ojos brillantes, su pecho se alzaba rítmica y profundamente. Jack sintió como todo su cuerpo se endurecía ante esa visión. La deseaba.

Velozmente, con movimientos felinos, se situó sobre sus piernas y llevando sus manos a la camisa blanca que Elizabeth llevaba, la desgarró fieramente desparramando sus delicados botones

nacarados sobre la blanca sábana. Ella respiró hondamente y su pecho, cubierto sólo por un corsé de encaje negro se movió seductoramente. Jack hundió el rostro entre sus senos, lamiendo su unión, mientras con manos como garras bajaba el encaje para liberar los pezones. Elizabeth gritó y se dejó caer definitivamente sobre la cama cuando Jack cubrió uno de los pezones con su húmeda boca y lo mordió, llevándola al límite entre el placer y el dolor. Sentía todo su cuerpo preso de la fiebre de la pasión, su mente estaba en llamas, su vientre ardiente. No podía pensar, sólo sentir, y desear, anhelar, exigir más. Él subió hasta su cuello que mordió, besó y rozó con la lengua mientras sus manos descendían por el liso y estremecido

abdomen de la chica, rumbo a los botones de sus pantalones. Mientras desabotonaba los primeros botones, ella alargó las manos hacia él y le despojó de su camisa. Después él se apartó para retirarle los pantalones y desnudarla por completo. Ella se incorporó y alargó sus manos hacia la pelvis del pirata, desabrochando su cinturón y luego la cremallera de sus pantalones. Él le mordió un hombro y le acarició la espalda mientras lo hacía, y cuando la chica hubo terminado, con fiereza, Jack la recostó de nuevo sobre la cama y se colocó sobre ella.

Elizabeth se deleitó mordisqueando suavemente la oreja del muchacho, lamiendo el lóbulo de ésta con extremada seducción. Jack gimió

extasiado por aquel profundo contacto. Y cuando ella comenzó a succionar levemente su cuello mientras le dedicaba pequeños besos en aquella erógena zona, él tuvo que contenerse profundamente por no penetrarla en aquel preciso instante y hacerla suya sin remordimientos.

Así que intentando controlar sus instintos, cambiaron de papel. Y entonces fue Jack quien comenzó a lamer suavemente el cuello de la muchacha, para poco a poco continuar descendiendo por su cuerpo sin dejar de lamerlo con deleite. Hizo algunas paradas más en los perfectos pechos de la chica para luego seguir su camino. Elizabeth gimió, al tiempo que cerraba los ojos, cuando sintió los dedos del

muchacho introducirse en su interior mientras la lengua de Jack comenzaba a explorar y lamer su intimidad. La pelirroja apretó sus manos contra las sábanas, sintiendo que se derretía ante los encantos del muchacho. Seguía sin entender cómo podía acariciarla tan intensamente. Él notaba como el cuerpo de Elizabeth temblaba ante sus actos. Lentamente profundizo algo más con su lengua, intentando que la muchacha llegase al orgasmo ante tal simple contacto. Cosa que supo que consiguió cuando ella clavó sus uñas sobre los hombros de él al tiempo que jadeaba entrecortadamente.

Jack volvió a ascender lentamente besando su estómago hasta encontrar sus labios para fundirse una vez más entre

ellos. Para sentir de nuevo la lengua de Elizabeth que conseguía volverle loco. La pelirroja buscó con sus manos la erección de aquel apuesto pirata. Nunca se había sentido tan libre como lo hacía entre sus brazos. Quería derretirse en su interior. Algo nerviosa masajeó lentamente su erección mientras él la observaba con sorpresa. Más poco después el muchacho sonrió sin dejar de besarla al tiempo que se hacía a un lado dándole más espacio a la muchacha en sus acciones. Sin embargo, ella. Y sólo ella, conseguía que rápidamente sintiese estar a punto de estallar. Por eso, tras un rato dedicándole profundos gemidos a causa del placer, apartó la mano de la muchacha de su miembro colocándose de nuevo entre ella. Sintiendo que el

tiempo les faltaba. Y que los sentimientos se hundían cada vez más en la parte más profunda de su piel, impidiendo que estos fuesen arrancados para siempre. Elizabeth abrazó su espalda con cariño. Le encantaba su fuerte espalda varonil. Le gustaba sentir que apenas con sus manos podía abarcar la anchura de ésta... Todo en él le agradaba irremediabilmente.

Jack sentía que no podía esperar más así que, sin darle tiempo a coger aire la penetró, se hundió en su cuerpo con violencia, con ímpetu y la embistió rítmicamente, con rapidez y desenfreno. Ella se aferró a su espalda, clavándole las uñas en la carne que cubría los omoplatos, ahogando un gemido con cada acometida.

Al fin era suya, como nunca antes, como siempre había sido.

Ya no estaba con la Elizabeth que había conocido días atrás. Estaba con la Elizabeth verdadera. Con su Elizabeth: Con la princesa.

Y sintió que moriría si algún día llegaba a perderla.

Los ojos de Elizabeth se llenaron de lágrimas mientras él le besaba el cuello, al tiempo que su espalda se arqueaba con su cuerpo próximo al orgasmo, y entre gemidos y suspiros agitados. Las lágrimas se escurrieron desde sus ojos, mientras sentía los músculos de la espalda de Jack endurecerse y tensarse bajo sus uñas, y él gemía con la voz ronca.

Todo su cuerpo se estremecía y se

convulsiónaba de placer bajo el de él. Después le sintió explotar dentro de ella y relajarse sobre su pecho.

Los gemidos se extinguieron de forma que un tranquilizador silencio inundó la habitación. Dejando que sólo se escuchasen sus agitadas respiraciones. Los brazos de Elizabeth arroparon con cariño el cuerpo del muchacho mientras continuaba llorando. Jack reposó en su pecho agotado hasta que escuchó el solloz de la pelirroja. Lentamente, asustado por si le habría hecho daño a causa de sus rápidos movimientos, alzó el rostro encontrándose con los brillantes ojos de la chica. Acarició con ternura su mejilla, mientras se hacía a un lado sin dejar de abrazarla.

—¿Por qué lloras...? —Le susurró

delicadamente, como si ella fuese una flor que podía marchitarse en cualquier momento.

—Porque... te... amo —dijo ella mientras sollozaba.

No había más razones. Y Jack no necesitó más palabras para comprenderla. Se dedicó a abrazarla en silencio mientras besaba tiernamente sus labios al tiempo que le susurraba repetidos *te amo* en su oído. Y si a él no le preocupaban los sollozos de la pelirroja era porque sabía que lloraba de felicidad, de alegría, de haberlo sentido tan profundamente en su interior, desgarrando su corazón tras cada embestida.

Capítulo 10

Poco a poco sus corazones volvieron a latir a una velocidad normal. Elizabeth deslizó suavemente su cabeza hasta el desnudo pecho de él. Cerró los ojos mientras sonreía tímidamente. Y pocos instantes después, al igual que Jack, se durmió profundamente.

Mabel, una bella mujer, descansaba tiernamente sobre una cama, en el interior del agitado barco que se movía al compás de las aguas. Estaba tapada hasta más de la cintura con una blanca sábana, que llenaba su cuerpo de luz pura. Tenía las facciones suaves y su

largo cabello rubio se deslizaba suavemente por la cama.

La imagen se quedó ahí unos momentos, introduciéndose en los sueños de los dos jóvenes. Hasta que de pronto una muchacha de cabellos negros entró en la habitación. Apenas tenía cinco años y sujetaba un oso de peluche entre sus temblorosas manos.

Se acercó hasta la cama donde se encontraba la mujer, situándose tras ésta. Alargó una de sus manos para acariciar el pómulo de la chica, y ésta despertó abriendo levemente los ojos. Eveline la miró sonriente.

—Cariño... —Le susurró Mabel tiernamente y luego sonrió con tristeza—. Cuida de papá cuando no esté. Cuídalo, por favor. Y... prométeme que

nunca te olvidarás de Jack, tu hermano...

—No hará falta que yo cuide de papá, ni que me olvide de él. —Eveline sonrió sin dejar de acariciar la mejilla de Mabel—. Porque... tú siempre estarás aquí para cuidar a papá y recordarme a mi hermano...

—No cariño... —Mabel dejó que pequeñas lágrimas escapasen de sus brillantes ojos. —Yo tengo que irme...

—Es todo por culpa de esa neumonía... ¿Verdad, mamá? — Preguntó Eveline con desagrado.

—Sí cariño... —Sonrió de nuevo—. Pero no importa lo que me pase, no te preocupes por mí; te prometo que siempre estaré bien.

Eveline se sentó en la cama, junto a

su madre, y dejó el pequeño oso de peluche, que su perdido hermano le había regalado años atrás, sobre el torso de la mujer.

—Mamá... yo no quiero que te vayas... —Eveline comenzó a llorar tristemente, mientras la abrazaba. — No quiero... ¿Quién me cantará mi canción antes de irme a dormir...? — Preguntó, azorada, con las mejillas enrojecidas—. No me dejes sola...

—No estás sola cariño, tu papá estará siempre contigo —le aseguró Mabel mientras acariciaba sus negros cabellos—. Y esa canción... te la cantaré siempre... dentro de tú mente. Yo siempre te acompañaré Eveline, nunca voy a abandonarte mi cielo...

La pequeña niña sollozó mientras

pequeñas lágrimas se escurrían por sus tiernas mejillas. Mabel sonrió; estaba muy débil. Y comenzó a cantar una melodiosa canción casi en un susurro imperceptible, logrando tranquilizar a la pequeña.

—Un, dos, tres: Juguemos en el mar; un, dos, tres... Juguemos en el mar...

Poco a poco aquella tranquilizadora voz se fue apagando. Los ojos de Mabel se fueron cerrando lentamente, mientras Eveline continuaba sollozando sobre ella, acariciando sus mejillas intentando que su madre despertase de nuevo. Cosa que nunca ocurrió, pues los latidos del corazón de la mujer se marcharon volando entre el viento que cubría los mares.

—¡NO MAMÁ, NO ME DEJES...!

Un sollozó aterrador, por parte de Eveline, inundó la habitación donde reposaba el inerte cuerpo de la bella mujer.

Jack despertó sobresaltado al mismo tiempo que Elizabeth. Poco a poco ambos se habían acostumbrado a ello. Y esta vez fue la pelirroja quien abrazó al muchacho algo temblorosa, pues el grito de la pequeña Eveline aún continuaba dibujándose en lo más profundo de su mente...

—Mi madre murió... —Susurró Jack mientras sentía como las manos de Elizabeth lo abrazaban con fuerza. —Pero... no puede ser...

—Tranquilo. Abrázame. —Elizabeth apretó su cuerpo con cariño—. Te amo,

te amo... —Le susurró al oído lentamente mientras besaba su mejilla —. Y me tienes aquí... no te preocupes —dijo, intentando calmarlo.

Jack se mantuvo unos instantes tumbado, observando el techo de su habitación con los ojos abiertos. Estaba nervioso. Pues a pesar de que apenas recordaba nada sobre su madre... era su madre. Y después de saber aquello sentía como un agujero negro se había formado en su interior. Mabel tenía una voz encantadora, única, sutil, tranquilizadora, tierna... Y hubiese dado lo que fuese por recordarla, por escuchar de nuevo su melodiosa canción, por tenerla cerca... Por, simplemente, haber tenido la oportunidad de conocerla un poco más.

Jack abrazó a Elizabeth, deslizándose sobre su razón de vivir, su único apoyo; la chica que más amaba y odiaba a su vez: Ella. Sólo ella podía desatar tantos sentimientos en un mismo tiempo.

La muchacha lo tranquilizó durante largo rato. Finalmente, cuando Jack recobró la calma, se dijo que sería mejor pensar en el sueño al día siguiente. ¿Y si sólo era un sueño...? ¿Y si nada de todo aquello era real...? Y con aquellas preguntas zumbando sobre su agitada mente... Jack se durmió de nuevo junto con Elizabeth.

Mientras tanto, en un lugar terriblemente lejano, un muchacho tosía

mientras se aferraba con fuerza a una tabla de madera. La oscuridad inundaba el mar. Y sólo veía aquello... agua y más agua. Se encontraba en medio del océano, empapado, con frío... Sentía que le quedaba poco tiempo de vida.

Pero apenas veinte minutos después, de estar pensando aquello, un grandioso barco apareció ante sus ojos, navegando por las aguas. Él comenzó a chillar a lo loco, intentando que alguien le escuchase. Por casualidad, tuvo la suerte de que alguien del barco se encontraba asomado a la barandilla, disfrutando del olor del mar; de forma que escuchó sus alaridos pidiendo ayuda.

El hombre del barco, que tenía el cabello algo canoso y recorría cierta edad, tiró la escalera de madera sujeta

en cuerdas para que el náufrago pudiese subir hasta el barco. Necesitaba hombres que lo ayudasen, pues llevar un gran navío no era algo que pudiesen hacer solo cinco personas.

Cuando consiguió subir hasta el barco respiró aliviado, mientras miraba al pirata que lo acababa de rescatar complacido.

—¿De dónde vienes? —Preguntó el hombre de cabello canoso mientras se agachaba frente a él, saboreando una pipa de fumar.

—De un barco, señor... —Musitó el náufrago, tiritando de frío.

—Sé más específico. —Apuntó el otro, algo molesto. Tenía la voz ronca y seria.

—Del barco del capitán Jack Rowen

—dijo entonces el recién llegado, algo asustado por la mirada de su rescatador.

El otro no pudo menos que asombrarse. Tosió. Pestañeó.

Y su mirada se tornó terriblemente oscura, repleta de rencor.

—¿Él está vivo...? ¿Estás seguro de ello...? —Preguntó una vez más, intentando asegurarse.

—Por supuesto, mi señor. Él me tiró del barco.

—Pues a partir de ahora te quedarás en éste. Y no te preocupes podrás vengar lo que te hizo —añadió mientras reía terroríficamente.

Cuando Elizabeth despertó Jack no estaba a su lado, pues era tarde. La muchacha se levantó de la cama mientras bostezaba al tiempo que cogía su ropa para empezar a vestirse. Pero cuando se puso la camisa algo chocó con ésta: Un collar.

La pelirroja bajó la vista hacia su cuello. Una gama roja colgada de una cadena de plata se encontraba allí. Ella la miró consternada. Abrió el pequeño baúl donde Jack escondía un collar idéntico a éste, más allí no estaba. Entonces sonrió recordando las palabras que Mabel le había dicho cuándo años atrás se lo regalo a su hijo: *“Llévalo siempre contigo, te protegerá...”*

La muchacha dio un largo suspiro, sonriente, y finalmente salió de la

habitación dirigiéndose hacia el exterior del barco. Pero en su camino se encontró con un desolado Patrick.

—¿Qué ocurre...? —Le preguntó, mientras ambos se sentaban en las escaleras del barco, a solas.

—Nada importante. —Suspiró—. No quiero hablar de ello.

—Quizá pueda ayudarte... —Musitó Elizabeth mientras le alzaba la barbilla con cariño.

Ella se había encariñado tremendamente con Patrick durante su travesía en el barco. Había descubierto el enorme corazón que el pirata escondía en su corazón, aunque había sido Amy la encargada de sacarlo al exterior. Él había sido el primero que se había preocupado por ellas desde un

principio.

—Es Amy... —Le susurró él, apenado—. Nunca debí haberme enamorado de ella. La siento tan cerca... Y tan lejos al mismo tiempo. —Explicó, mientras se frotaba el pelo con constancia—. Jamás una mujer me había hecho sentir algo tan profundo.

—Entonces... —Comenzó Elizabeth—. Tienes que tener paciencia. Ten en cuenta que Amy está dolida. Pero... te aprecia muchísimo.

—Ese es exactamente el problema. Ella me aprecia, me tiene cariño... pero no me ama. Puedo sentirlo en su mirada, en sus caricias... en todo. —Dijo—. No soy tan estúpido como para no darme cuenta de cómo mira a Dean. Pero... te juro Elizabeth... que prefiero morir

antes que verla en manos de otro hombre. Lo que siento por ella... ha sido tan repentino... tan... especial...

La pelirroja lo abrazó mientras Patrick sollozaba. Y pocas veces lloraba, pero aquella vez no pudo contenerse. Sentía un fuerte nudo en su interior que incluso le impedía hablar.

Pero no Elizabeth no tuvo demasiado tiempo para consolar a su leal amigo, pues de pronto unos golpes extraños azotaron el barco. La pelirroja, totalmente asustada, observó cómo trozos de madera caían de las paredes.

—¡Qué demonios está ocurriendo! — Chilló, aterrada.

Patrick tardó unos instantes en reaccionar. Más rápidamente se tiró sobre el cuerpo de la muchacha,

protegiéndola.

—¡NOS BOMBARDEAN! —

Exclamó.

El olor a pólvora comenzó a inundar el barco. Incesantes ruidos se empezaron a escuchar de un lado para otro. Y varios piratas bajaron por las escaleras del barco hacia las bodegas. Patrick se levantó cogiendo a la muchacha de la mano.

—¡RÁPIDO! ¡CARGAR LOS CAÑONES, RESPONDER A LOS DISPAROS AHORA MISMO! —Chilló, consternado.

Y guiando a la muchacha, sujetando la mano de ésta con fuerza, ambos subieron hasta la cubierta del barco. Jack se encontraba en el centro dando órdenes de un lado para otro. Amy estaba en un

rincón, agachada, justo donde Dean le había indicado que se quedase, pues este estaba demasiado ocupado en aquellos momentos alzando las velas.

—¡Nos atacan! —Chilló Jack cuando observó que Patrick subía con la pelirroja hacia arriba.

—¿Pero por qué? —Preguntó Elizabeth asustada.

—¡No lo sé, no había visto éste barco en mi vida! —exclamó el capitán consternado.

El barco de Jack correspondió los cañonazos del adversario, que se encontraba en el lado opuesto, a su derecha. Algunos tripulantes del otro navío, que ninguno de ellos había visto en la vida, comenzaron a saltar hacia su barco sujetados en cuerdas. Amy chilló

mientras se ponía en pie cuando uno de ellos se echó sobre Dean, al tiempo que Patrick observaba algo apenado la escena.

Jack sacó rápidamente su espada mientras le tendía otra a la muchacha. Y acto seguido comenzó a luchar contra uno de los adversarios, matándolo casi al instante, pues tenía un buen manejo de la espada. Dean mientras tanto, intentaba deshacerse de otro de ellos. Y para su sorpresa Patrick consiguió quitárselo de encima mientras le mostraba una enorme sonrisa. Cuando lo hizo se agachó hasta quedar a la altura de su oído para susurrarle algo rápidamente. Dean asintió ante las desconocidas palabras de Patrick.

Y mientras todas aquellas batallas se

llevaban a cabo en el barco... Éstos continuaban disparando sonoros cañonazos que iban o venían de un lado para otro. Elizabeth jamás había vivido aquello, al igual que Amy, por lo cual estaba terriblemente asustada; pero las dos se armaron de valor alzando las espadas que los otros les habían dado. E incluso Liam, para sorpresa de muchos, apareció con una pequeña pistola en sus manos bañada en oro. Y verdaderamente él tenía buena puntería con tal arma.

Los Piratas de los dos barcos continuaban luchando sin cesar. Los del navío de Jack estaban consternados. Nadie conocía a aquel barco por lo cual no entendían el repentino ataque. Pues eran Piratas, como ellos; por lo cual el hecho de que fuesen de la marina real

quedaba totalmente descartado.

—¡Elizabeth, agáchate! —Le gritó Jack, nervioso, cuando una bala estuvo a punto de atravesar el rostro de la chica. La pelirroja se sorprendió ante los grandes reflejos del pirata, más no dijo nada, sólo sonrió mientras se dirigía hacia donde se encontraba Amy, junto con Dean, atacando a un pirata, para ayudarles.

Y con ayuda de las dos chicas Dean consiguió deshacerse de aquel rival mientras se dirigía rápidamente a por otro.

Toda la tripulación de Jack respondía los ataques con tesón, algo frustrados ya que no sabían siquiera el porqué de éstos. Sin embargo, los bombardeos continuaban en marcha destrozando todo

lo que encontraban a su paso.

—¡Todo a estribor! —Gritó Jack de pronto—. Nos cogen ventaja. ¡Tenemos que alejarnos! —Añadió.

Uno de sus piratas alzó las velas con ayuda de otro, mientras algunos tripulantes intentaban controlar el timón, pues Jack estaba demasiado ocupado luchando contra algunos de aquellos Piratas.

Patrick observaba todo contrariado mientras alzaba su espada amenazante. En más de una ocasión había salvado a alguna de las dos muchachas de una muerte segura interviniendo justo a tiempo.

Dean se enfrascaba mientras tanto con uno de los Piratas luchando con la espada. Amy lo miró suplicándole al

cielo porque nada le ocurriese mientras pequeñas lágrimas intentaban brotar de sus ojos, pero no era el momento indicado para ello. Por lo cual, con un gesto valiente, se dirigió hacia donde Dean se encontraba en la batalla. Y mientras tanto Patrick lo observaba todo entendiendo perfectamente lo que ocurría. Jack luchaba con otro hombre acompañado por Elizabeth que se situaba a su espalda.

De pronto la espada de Dean se deslizó hacia un lado quedando desarmado. El rival alzó su espalda sonriente por el anhelado triunfo de la muerte cuando otra espada se interpuso en su camino: Amy lo miró desdeñosa mientras sujetaba aquel hierro con tesón. Patrick corrió hacia donde ella se

encontraba. Y justo en ese momento el pirata desarmó también a la frágil Amy tirándola al suelo. Dean intentaba levantarse más el otro le dio una fuerte patada en las costillas inmovilizándolo al tiempo que se dirigía con la espada en alto hacia la rubia, dispuesto a ver sangre correr.

Bajó sus brazos a velocidad. Amy gritó de forma que todos se giraron hacia donde ella se encontraba. La espada del otro pirata iba a rozar el estómago de la chica cuando algo detuvo al enemigo. Patrick, sonriente, sacó de nuevo a la luz la espada que había clavado en la espada del pirata que estaba a punto de matar a la rubia. Ésta lo miró sollozante, más Dean consiguió arrastrarse por el suelo hasta abrazarla

con fuerza. Y en ese momento, cuando otro hombre se acercaba hacia él por detrás sin que lo viesen, solo alguien fue testigo del momento. Alguien que se interpuso entre la bala de la pistola que se alzó en lo alto y el cuerpo de Dean que protegía a Amy.

Y un simple “*pum*” se escuchó en el lugar.

Automáticamente el silencio lo inundó todo. Jack sintió que se ahogaba, que le costaba respirar. Y de sus labios salió de un grito repleto de dolor al tiempo que el cuerpo de Patrick caía hacia un lado, con los ojos cerrados, mientras su pecho comenzaba a sangrar.

Él corrió hacia allí. Amy, en cambio, no podía reaccionar. Dean la abrazaba intentando tapparle los ojos, pero, aunque

no lo hubiese hecho no habría podido siquiera moverse. Elizabeth se dejó caer al suelo mientras ahogaba un sufrido llanto desgarrador. Como por arte de magia los bombardeos desaparecieron, como si aquel ataque sólo hubiese sido un simple aviso. El otro barco comenzó a alejarse poco a poco entre las aguas, dejando un silencio sepulcral en el navío de Jack, que corrió hacia el cuerpo de Patrick.

—¡NOOOO! ¡NO, ¡PATRICK, NO POR FAVOR...! ¡PATRICK! —Gritó.

Se agachó a su lado, llorando, intentó alzar la cabeza del muchacho más éste ya llevaba varios segundos sin vida alguna. Su rostro se llenó de frustración. El silencio lo invadió todo. Sólo sus suplicas se escuchaban en el barco,

mientras abrazaba el inerte cuerpo de uno de sus mejores amigos con fuerza.

—Por favor... levántate. Despierta, dime que estás bien. Hazlo... es una orden...

Y el cielo, tras la muerte del pirata, pareció tornarse gris. Las nubes amenazaron tormenta, como si él continuase estando vivo, y pronto comenzó a llover. Jack, entre sollozos, mientras todos lo miraban en silencio, cogió el cuerpo del pirata entre sus brazos, bajándolo hasta la habitación del mismo Patrick, tendiéndolo en su cama mientras encendía una vela roja a su lado. Cerró la habitación, quedándose a solas con el fallecido. Apretó la mano sin vida del chico con fuerza.

—¿Por qué lo has hecho? Este no era

tú momento, Patrick... —Sollozó—. No puedes dejarme solo. Tienes que volver maldita sea... —dijo mientras las lágrimas se deslizaban por sus mejillas—. ¡Es por ella! ¿Verdad...? ¡La mataré, te juro que la mataré como no vuelvas ahora mismo...!

Más él nunca volvió. El cuerpo de Patrick se mantuvo distante, con los ojos cerrados, tumbado sobre aquella cama en la que Jack pasó el resto del día, sentado en la silla de al lado, mientras lloraba atropelladamente al tiempo que hablaba solo o a quien sabe qué.

Él sabía cómo Patrick había deseado siempre que lo enterrasen.

Horas después suspiró con fuerza, aguantando las lágrimas mientras se enjugaba los ojos. Miró al frente

valiente afrontando el dolor de la
pérdida.

Capítulo 11

Olía a paz.

Una paz infinita que envolvía los sentidos de todos los presentes. Jack dejó que una brillante lágrima se deslizase por sus mejillas al tiempo que sostenía algunas de aquellas blancas flores entre sus temblorosas manos.

La brisa del mar reconfortaba su ego interior cual le pedía a gritos venganza. Y sabía que él estaba allí, a su lado. No habrían existido palabras suficientes para expresar todo lo que en aquellos momentos sentía el glorioso capitán del barco. Su pálida piel demostraba lo poco que había comido en los últimos días. Su corazón se estrujaba con fuerza

aprisionando su pecho, rogándole piedad.

Todos los que se encontraban a su lado estaban perdidos en un perfecto silencio. Tan sólo algunos sollozos eran escuchados. Sollozos que a él no le importaban en lo más mínimo. Sollozos efímeros. Sollozos que para el resto de la tripulación... Pronto serían totalmente olvidados.

Jack respiró con fuerza, llenado sus pulmones de delicioso oxígeno que se encargó que recorrer su cuerpo con vitalidad. Y, a pesar de todo el dolor, sonrió como pudo dedicándole su eterna muestra tanto de cariño como de fidelidad. Fidelidad más allá incluso de la muerte. Porque así había sido siempre su amistad.

Y así sería hasta el fin de los días.

Poco a poco el cuerpo de Patrick se fue hundiendo en las profundidades del mar. Del azul mar que brillaba bajo el titilante sol del atardecer. Las olas entumecían sus sentidos, llevándoselo hasta el infinito en un viaje sin descanso alguno. Las cristalinas aguas salpicaban destellos dorados bajo la luz del horizonte. Y la salina del mar se mezclaba entre el viento.

Jack se secó algunas lágrimas más. Finalmente se acercó hasta la barandilla más próxima al barco, perdiendo incluso el cuerpo de Patrick que se hundía en las aguas: El lugar que él nunca abandonaría. Había sido un pirata. Un buen pirata como ningún otro.

Con un gesto lento alzó las manos

dejando el que viento agitase los pétalos de las blancas flores que se encontraban entre sus manos. Y con melancolía las soltó, de forma que éstas se unieron en un compás invisible junto con las olas del océano.

Otros soltaron algunas flores más, de brillante color blanco, de forma que una parte del mar se llenó de estas, impregnando su color. Jack sollozó finalmente, abatido. Acto seguido se dirigió hacia los demás presentes.

—Dejadme sólo. —Ordenó, con firmeza.

Elizabeth lo miró angustiada, con lágrimas en los ojos; mientras Amy se derrumbaba sobre el pecho de su amiga llorando sin descanso. Dean cogió a la rubia llevándosela hacia abajo

lentamente. Mientras, los demás junto con Elizabeth también comenzaron a abandonar la parte descubierta del barco.

Jack se enjugó las lágrimas con rabia cuando todos desaparecieron. Habían hecho tantos planes juntos, tantas locuras... Se prometieron que algún día navegarían en barco los siete mares sin descanso alguno. Se juraron que su amistad perduraría hasta el fin de los días. Pero, sobre todo, una melancólica noche de verano, tumbados sobre la cubierta del barco, pactaron que nadie... Nadie jamás conseguiría separarlos.

*—Veo trescientas doce estrellas —
dijo un alegre muchacho de brillantes
ojos grises.*

—Te equivocas Jack... Yo acabo de contar trescientas cuatro. —Patrick rio.

Los dos muchachos se encontraban tumbados sobre la cubierta del barco. Serían las cuatro de la madrugada. Habían bebido, pero no lo suficiente como para dejar de estar sobrios.

—Bien. Tienes razón, como quieras —dijo Jack con indiferencia—. Pero a cambio de que yo pase por alto tus errores cuantitativos respecto a lo que es llamado numérico por los estúpidos burgueses... —Ambos rieron entre la oscuridad de la noche—. ... haremos un pacto.

—Está bien. —Patrick sonrió. Tenía la cabeza apoyada entre sus manos mientras continuaba mirando al

estrellado cielo con Jack al lado.

—Nunca... nadie logrará separarnos. Yo siempre te seré leal. — El capitán sonrió—. Pero nadie es nadie. Ni un tesoro, ni una numerosa suma de dinero, ni tampoco una inservible mujer... —Añadió arqueando una ceja.

—Nada de eso podrá separarnos jamás. —Patrick sonrió característico—. Y lo sabes. —Lo miró—. Trato hecho, para siempre.

—Trato hecho... —Concluyó Jack.

Pero el tiempo había jugado en su contra. El tiempo junto con los sentimientos. Malditos sentimientos que siempre consiguen atormentarnos. Porque el amor, quizá, no es siempre

correspondido. Porque el amor es mucho más que eso: Es una ciencia, un arte, un misterio sin final... Es el *número* más infinito. Es el propio enigma que ningún filósofo, siquiera, podrá jamás llegar a describir con algo tan retorcido como las mismísimas palabras.

Jack sollozó. Iba a decirle un *me mentiste* al aire. Pero impidió que aquellas palabras saliesen de sus labios. No. Patrick no merecía esa despedida. Se enjugó de nuevo las lágrimas con fuerza mientras se asomaba hacia la barandilla del barco: Las blancas flores comenzaban a hundirse en las profundidades junto con el cuerpo de su amigo. Y lo único que lo hacía feliz en aquellos momentos era saber que el

mismísimo Patrick había deseado siempre un entierro como aquel. Sonrió a pesar de la infinita tristeza. Poco después, dijo algunas entrecortadas palabras.

—Descansa en paz... amigo.

Y Jack desapareció de allí. Aun con lágrimas en los ojos se acercó lentamente hacia su timón, pensando que nunca más volvería a ser tocado por las hábiles manos de Patrick. Sí, su amigo había manejado muchas veces el barco, dirigiendo la dirección de éste gracias a aquella madera. Con el rostro firme al tiempo que pensaba que *finalmente la vida debía seguir su extraño e inevitable curso* giró el timón hacia popa surcando de nuevo las profundidades de aquel oscuro océano.

Mientras tanto Elizabeth se encontraba sentada sobre la cama de Jack. Ella, al igual que su querida amiga, continuaba llorando. Sin embargo, sabía que era más fuerte que Amy por ello se encargaba de compadecerla ya que su amiga se sentía culpable por los actos heroicos de Patrick y porque sabía que, si no se hubiese enamorado de ella, no se habría interpuesto entre esa bala y sus cuerpos.

Amy tenía los ojos repletos de lágrimas que acto seguido comenzaban a surcar sus pómulos. Y mientras tanto se aferraba a Elizabeth con fuerza. Sentía una tristeza interior. La culpabilidad. El daño. El dolor... Todo aquello atormentaba cada uno de sus sentidos. Estaba convencida de que ella había

sido la causante. Ella. Sólo ella. Quizá no conocía bien a los Piratas. Quizá no sabía lo impulsivos o valientes que estos podían llegar a ser. Quizá no se dio cuenta de que había estado jugando con Patrick. Quizá no quiso admitir que sólo sentía un cariño especial por el fallecido muchacho. O quizá, simplemente, pensó que para él ella no era importante. Cosa en la que se equivocó.

Habían pasado varias horas tras el entierro. Pero ninguna de las dos podía creerlo aún. Las habían dejado juntas, abrazadas, sentadas en la cama, consolándose mutuamente. En aquellos instantes Jack entró en su habitación con el semblante serio. Durante unos instantes su mirada se posó sobre las

dos muchachas mostrando una sombra de oscuridad.

—Tú... —Musitó señalando a la rubia muchacha. —Vete de aquí. Ahora mismo. No quiero verte en mucho tiempo. —Le advirtió severo.

Elizabeth pestañeó totalmente asombrada.

Pero Amy estaba dispuesta a hacer lo que él le pidiese. Quizá siguiendo las órdenes de Jack conseguiría olvidarse levemente del daño que había causado gracias a su estupidez. Ella abandonó la habitación de forma que entonces Jack se dirigió hacia Elizabeth. Y ella sintió miedo. Un miedo como el que no sentía desde hacía mucho tiempo...

—Jamás debí llevar a dos mujeres sobre un barco de piratas. Nunca me

perdonaré haber cometido éste error. — La miró con una frialdad extrema—. Ya he podido comprobar del dicho de que *llevar a mujeres en un barco trae mala suerte*. Pero te aseguro que las dos pagaréis por lo ocurrido.

—¡Jack! —exclamó Elizabeth entre lágrimas—. Ninguna de nosotras quería que esto sucediese. No puedes culparnos... Él se sacrificó, nadie tuvo la culpa de ello.

Pero era demasiado tarde, estaba totalmente fuera de sí.

Se dirigió hacia Elizabeth con descaro.

—Todo cambiará desde ahora. — Explicó él con indiferencia—. Tú dormirás conmigo porque necesito terminar de averiguar la estúpida

historia del sueño. Pero... durante el día quiero verte lejos de mí. —La miró mientras la imagen de Patrick, bañado en sangre, atormentaba su mente de nuevo—. Esto no quedará así Elizabeth. Lo tenías todo planeado desde el principio ¿verdad? —Sonrió fríamente—. Llegas al barco secuestrada: te acuestas con el capitán para intentar salir impune de ello. Luego mientes sobre tu verdadera identidad. Y te haces pasar por pirata algo que nunca podrás llegar a ser. Consigues que te rescate, que me eche atrás en mis castigos. Dicho de otro modo, más apropiado: consigues manipularme a tu antojo. Si lo que querías era hacerme daño... Lo has conseguido. No te esfuerces más en ello. —Abrió de nuevo la puerta de la

habitación, mas antes de salir murmuró algo más—. ¡Ah, también puedes decirle a tu querida amiga que deje de fingir dolor por la muerte de Patrick...!

Él desapareció de la habitación dejando a una Elizabeth totalmente consternada, que apenas era consciente de lo que estaba ocurriendo. No le había dado tiempo a analizar todas las bruscas palabras del pirata. Lentamente se sentó sobre la cama al tiempo que sollozaba. Cogió el colgante de la mano de Jack que aun colgaba sobre su pecho: estaba segura que de alguna forma éste le había protegido durante la batalla del día anterior. Sin embargo, con algo de nostalgia, se lo quitó lentamente. Se acercó hasta la caja de madera volviéndolo a depositar sobre ella.

Dejando que el polvo se escurriese por su rojo medallón de nuevo, atacando al tiempo que se corría tan rápidamente.

Cuando Jack salió de la habitación notó que el corazón le latía a mil por hora. No había querido gritarle... Pero la situación se le escapaba de las manos. Sentía como un profundo odio crecía en su alma a una velocidad trepidante, imposible de parar.

Nadie ponía oponerse en contra de ello.

Suspiró, sintiéndose traicionado por sus propias acciones. Y dando pequeños pasos se dirigió hacia la bodega donde pasó el resto de la tarde. Su vida se había convertido en un completo desastre desde el mismo momento en el que él había conocido a Elizabeth.

¡Santo Dios! ¡Se había enamorado de una de las personas que más había odiado toda su vida! ¡De la princesa de palacio! ¡De la hija que había expulsado o matado a los piratas, a sus antepasados, que poblaban aquella hermosa isla! Y por si todo eso no hubiese sido suficiente... El sueño de la pequeña Eveline, su supuesta hermana, cada vez conseguía asustarle más. Hasta el mismo punto de causarle terror: La muerte de su madre, la extraña cancioncilla que siempre sonaba en su mente, Eveline, el misterioso medallón... Todo era demasiado complicado. Jack se agarró la cabeza con fuerza, con las manos, dolorido por todo lo ocurrido en los últimos meses. Había explotado, definitivamente, toda

su rabia en una incontrolada frustración. Por todo, por él, por los sentimientos, por la gente que rodeaba su misma presencia...

Además, continuaba sin creer que Patrick, su fiel amigo, se hubiese sacrificado así por otra persona. Era como si el ciclo de la vida le hubiese ganado el curso. Él siempre había sufrido por creer muerto a Dean. Sin embargo, ahora la vida se lo entregaba de nuevo arrebatándole al sucesor de éste con el que tanto se había encariñado. Patrick era su hermano, su apoyo, su consuelo... Lo era todo. Sin embargo, ahora las relaciones con Dean estaban mucho más ásperas. Le cabreaba incluso que éste se hubiese llevado mal con Patrick desde en principio claro

que, la culpa, era sólo de esa estúpida muchacha rubia llamada Amy. Ella había cambiado el curso del destino, quizá, sin siquiera proponérselo.

En realidad, él estaba cabreado con todo el mundo. Incluso con él mismo... Cabreado por estar, incluso, cabreado. Cabreado con su alrededor, con el mar, con el océano, con el sol, con la lluvia, las nubes, el olor del salitre...

Cabreado.

Mientras él se desquitaba en las bodegas, arrodillado sobre el sucio suelo de éstas... Los demás cenaban tristemente en uno de los camarotes. Se encontraban allí los cuatro, reunidos en silencio. Liam no decía ni una sola palabra, por extraño que fuese en él. Y, sobre todo, después de la batalla, había

conseguido sorprender a muchos, pues nadie lo consideraba tan valiente como para enfrentarse a los piratas. Dean, por su parte, lo único que hacía era pensar en Jack; pero en aquellos momentos tenía a cierta rubia bajo su cargo por lo cual intentó controlar sus instintos de acudir junto a su querido amigo. Se dedicó a intentar que la chica comiese algo, pues ella se negaba una y otra vez a pegar bocado de la cena mientras continuaba llorando. Y Elizabeth, por su parte, aún estaba medio anonadada tras el espectáculo con Jack aquella tarde. No podía creer siquiera lo que había ocurrido, era demasiado duro para ser real. Sin embargo, sabía que no debía debilitarse, por lo cual probó algunos bocados de la cena intentando

alimentarse correctamente.

Después de cenar estuvieron un rato hablando de cosas sin demasiado sentido. Ni siquiera tenían coherencia: Y lo peor de todo es que todos estaban al tanto de que hablaban de aquellas idioteces para olvidarse de los verdaderos sucesos importantes.

Y en una de aquellas conversaciones, a la luz de la noche, Elizabeth sintió como algunas terribles arcadas atacaban su estómago. Se levantó rápidamente del suelo alejándose del lugar.

—¡Elizabeth! —exclamó Amy, preocupada—. ¿Te ocurre algo...?

La rubia se levantó siguiendo los pasos de la pelirroja que se apretaba la barriga con fuerza mientras se sentaba en una esquina con un cubo en la mano.

—Tengo ganas de vomitar —dijo ella sintiendo las náuseas en su estómago.

—No te preocupes. —Se sentó a su lado.

—Debe de haberme sentado mal esa cena... que horror... —Explicó la pelirroja.

E instantáneamente vomitó la cena sobre el cubo.

—Tienes los ojos hinchados —le dijo Dean, acercándose a la pelirroja.

—Sí. Es por el horrible día de hoy... Demasiadas emociones; por eso me sentó mal la cena. No me encuentro nada bien...

—Será mejor que vayas a descansar —le objetó el moreno con madurez.

—Sí. Eso mismo pienso. Buenas noches, muchachos. —Les dijo,

dándoles un beso a cada uno.

Poco después comenzó a bajar la escalera nerviosa, esperando el momento en el que se encontraría con Jack de nuevo. Sin saber qué hacer o qué decir.

Pero cuando Elizabeth llegó a la habitación, sin encontrarse nada bien, descubrió que el muchacho aún no estaba allí. Así que algo aliviada, aunque también preocupada por ello, se tumbó en la cama durmiéndose rápidamente.

Jack acudió horas después, cuando salió de la bodega igual de frustrado que tiempo atrás. No entendía nada, y ni siquiera sabía si quería hacerlo.

Quizá la ignorancia sí que era la base de la felicidad.

Capítulo 12

Jack observó algo dolido cómo dormía la pelirroja muchacha. Ésta abrazaba la almohada con fuerza, como si anhelase su presencia. Y él lo único que pudo hacer fue suspirar totalmente resignado. No entendía nada. Hacía mucho tiempo que se sentía perdido en el mundo. Un mundo que no correspondía sus antojos.

El capitán se quitó algunas ropas para después colocarse en la cama, junto con Elizabeth. Se apartó de la chica, para que no mantuviesen contacto alguno y cerró los ojos esperando soñar con Eveline de nuevo.

Todo estaba negro. Era la imagen de un cielo nocturno sin una sola estrella en su longitud. No había nada. Y a la propia nada le faltaba la misma nada. Negro. Oscuro, neblinoso...

La luz del matinal sol penetraba por la rendija inferior de la puerta de la habitación. Jack abrió los ojos lentamente, sintiendo como éstos le pesaban a causa de las lágrimas derramadas el día anterior. Estiró los brazos, algo pensativo. Y finalmente se sorprendió al recordar: Aquella noche no se había despertado, no había soñado absolutamente nada. Por primera vez su sueño había sido normal, observando una imagen negra como el resto del mundo hacía habitualmente. Él se rascó

la cabeza, reflexionando. Verdaderamente no había soñado nada, porque de ser así lo recordaría.

Interrumpió sus pensamientos cuando su soñolienta vista se topó con el cuerpo de cierta pelirroja, que dormitaba a su lado. Por mucho que creyese odiarla en aquellos instantes... era terriblemente bella cuando dormía. Cuando tenía los ojos cerrados se le antojaba como un ángel que había bajado de los cielos para rescatarle de aquella pesadilla.

Jack suspiró, recordando sucesos del día anterior: El entierro de Patrick, la discusión con Elizabeth, las lágrimas que derramó en el suelo de aquella oscura bodega... Suspiró de nuevo abatido. Tenía que reconocer que una parte profunda de su interior palpitaba

con fuerza, indicándole que le pidiese perdón a la pelirroja. Sin embargo, su orgullo, su ego, su rabia... Todo se interponía ante aquellas simples palabras de arrepentimiento.

Alargó una mano despacio, sintiendo como ésta temblaba levemente en el aire. La posó sobre la mejilla de la chica, acariciando poco a poco el contorno de su piel; disfrutando de la suavidad y el calor que desprendía con tanta facilidad. Sintió deseos de abrazarla, de estrujarla contra su pecho eternamente...

Elizabeth notó como algo acariciaba lentamente el pómulos derecho de su rostro. Abrió los ojos sorprendida. Lentamente giró su rostro, mientras Jack apartaba su mano a una velocidad

trepidante de su mejilla, y observó a quien pertenecían los dedos que habían acariciado su rostro. Se levantó de la cama como si un huracán acabase de irrumpir en la habitación.

—¡No me toques! —Gritó aún dolida por los sucesos de ayer—. Jamás... te acerques a mí —dijo mientras el labio inferior le temblaba a causa de la rabia y el dolor.

Jack sintió como su corazón temblaba a causa de las palabras de la chica. Hasta el momento había sido él, siempre, quien le había reprochado.

—Elizabeth... de verdad que siento mucho lo de ayer... —Se levantó acercándose hacia ella—. No quise decirte todo eso. Lo que ocurre es que estaba nervioso, debes comprender

que... Nunca te haría daño por mucho que desee hacerlo.

—¡Aléjate de mí, Jack! ¡Déjame! —
Gritó ella, cuando se dio cuenta de que el chico se estaba acercando demasiado hacia donde ella se encontraba.

—No pienso hacerte nada —dijo él mientras alzaba sus brazos dispuesto a abrazar a la pelirroja. Elizabeth sintió como una extraña ira volvía a apoderarse de él. Era un pirata. Y como tal le molestaba encontrarse sometido bajo el mandato de una mujer. Una mujer que ni siquiera debía estar en aquel barco. Una chica que se había interpuesto en su fácil vida para tornarla difícil, rocambolesca y de lo más complicada.

—Perdona que me ausente... —

Murmuró ella con clase, a propósito, porque sabía que le molestaría—. Pero tengo hambre, por lo cual pretendo desayunar. Además, me pediste que no cruzase una mirada contigo excepto en las noches. Adiós.

Elizabeth caminó firme hacia la puerta.

Jack la agarró de nuevo del brazo.

—¿Has soñado algo esta noche...? —

Preguntó él, con voz entrecortada. Estaba a punto de llorar. Y por supuesto no quería hacerlo delante de la orgullosa chica.

—¡Suéltame! —Musitó ella,

moviéndose y desprendiéndose así de la mano de Jack que sujetaba su brazo—.

¡Y no, no he soñado nada que recuerde!

—Dijo, extrañándose pues hasta el

momento ni siquiera había pensado en ello.

Y con paso firme, dejando a un lado la curiosidad sobre el sueño, salió de la habitación rápidamente.

Subió las escaleras lentamente. Le dolía todo el cuerpo: Y supuso que sería a causa de los acelerados últimos días que todos habían vivido. Miró una vez más hacia atrás, con tristeza; denotando un profundo dolor en sus almendrados ojos. Sentía que una parte de su corazón se había quedado dormido en aquella habitación, entre los brazos de cierto pirata, soñando una bella melodía oceánica que ella conocía demasiado bien.

Y mientras subía despacio aquellos escalones pensó en el sueño.

Verdaderamente las cosas se tornaban cada vez más extrañas. Ella continuaba sin saber qué tenía que ver exactamente con el sueño, hasta el momento no había aparecido nada relacionado con su persona. Estaba claro que sí con Jack... Pero no era lógico que ocurriese aquella desproporción de coherencia en los sueños. Además, para más curiosidad, aquella misma noche, al parecer, ninguno de los dos había soñado nada. Elizabeth no recordaba haberse despertado sobresaltada, ni siquiera una sola imagen nueva lograba vislumbrar en su retorcido cerebro. Suspiró agotada: *Quizá todo había terminado. O quizá todo estaba a punto de empezar definitivamente...*

—Tú no lo entiendes Marcus... —
Musitó una temblorosa mujer, que
lloraba sin cesar. —No podía hacerlo.
No podía.

—Pero... —Él acarició su rostro
despacio—. Yo debí saber todo eso.

—Perdóname. —Pidió ella.

La mujer dejaba que pequeñas
lágrimas se derramasen por sus tiernas
mejillas, surcando un perfecto camino
entre su morena tez. Tenía el cabello
largo, con pequeñas ondulaciones hacia
el final y un hermoso color que
semejaba el más Elizabeth caramelo.
Sus verdosos ojos cristalinos, se
encontraban bañados en *sal*.

—No quise hacerlo. No me di cuenta

de lo peligroso que era... —Explicó mientras sollozaba. —Debí haberlo pensado bien. Pero... Marcus estaba cansada de ésta vida: Cansada de vivir constantemente una vida rutinaria en el interior de palacio, aburrída de la eterna vida monótona que me esperaba a tú lado. Y sé que tú no tenías la culpa por ello: Eres el rey, es cierto que no puedes negarte hacia tus obligaciones —dijo—. Pero... Yo no hacía nada. Era como un fantasma que paseaba por palacio constantemente. Por lo menos tú eres alguien, te sentías parte de algo o siquiera tenías el poder de decidir; todo lo contrario a lo que yo poseía. —Sollozó fuertemente.

Lentamente se impulsó hacia el confuso cuerpo de Marcus, abrazándolo

con cariño mientras continuaba llorando. Llevaba muchos días encerrada en la habitación, hasta que finalmente se había dignado a salir para contarle la verdad sobre todo lo ocurrido tantos años atrás.

—Pero... eso no es lo importante ahora. Lo que sí es algo primordial es encontrarla. —Lloró con constancia—. No quiero... no quiero perderla de nuevo.

Capítulo 13

Las cosas se estaban tornando de un color oscuro. De pronto todo comenzaba a cambiar. Sin previo aviso, por supuesto. Jack tenía demasiadas incoherencias, dentro de su mente, como pararse siquiera a pensar en todo ello. En primer lugar, se situaba su extraña relación con Elizabeth: Aun no había asimilado bien el hecho de que ella era la mismísima princesa que siempre juro odiar e incluso llegar a matar; se le antojaba todo demasiado irreal. Y por supuesto tampoco había superado la triste muerte de Patrick, por lo cual no sabía si guardarle rencor a Amy o reconocer que aquello sólo había sido

causa de una decisión de su amigo. Encontrar a Dean, por otra parte, había sido un milagro; pero al mismo tiempo se sentía extraño cuando estaba junto a él, a solas: Llevaban tantos años sin hablar en confianza, sin vivir aventuras... que no sabía afrontar demasiado bien al *nuevo* Dean. Y también estaban los misterios del sueño, el último día no habían soñado nada ninguno de los dos, por extraño que pareciese, además continuaba sin saber qué demonios pintaba Elizabeth en toda aquella historia. Pero, para añadir más misterio a todo aquello... Tampoco llegaba a comprender el porqué del ataque del otro barco en los anteriores días.

Todo era demasiado retorcido. Su

vida se había llenado de un misterio atroz. Y él sólo no se sentía capaz de afrontarlo. Necesitaba de alguien que estuviese a su lado compartiendo aquellos difíciles instantes. Y ese alguien sólo podía ser su querida Elizabeth, pero quizá era demasiado tarde para enmendar sus errores.

Jack suspiró, mientras pensaba en todo aquello tumbado cómodamente en su cama, mirando hacia el techo de madera de la habitación. El ruido de la puerta, al abrirse precipitadamente, interrumpió sus reflexiones.

—¡Jack! ¡Jack, por favor! —exclamó una agitada muchacha rubia.

Amy temblaba de arriba abajo, estaba bastante nerviosa. El capitán alzó la vista al escuchar la voz de la chica; casi

involuntariamente le dirigió una desgarradora mirada.

—¡Fuera! ¡Vete de aquí! —Chilló él, con seriedad. Y la rubia adivinó un destello rojo en los grises ojos del muchacho.

—¡Por favor...! ¡Es Elizabeth! ¡Está inconsciente, tienes que subir!

El corazón de Jack comenzó a latir a una velocidad trepidante, como si un anzuelo hubiese alcanzado su ombligo levantándolo de la cama rápidamente. El capitán se puso en pie sin pensar siquiera en lo que hacía. Y con un gesto nervioso apartó a la rubia muchacha de la puerta, dispuesto a hacerse paso para subir las escaleras.

En aquellos momentos apenas podía pensar en nada, lo único que quería era

llegar hasta el lugar donde Elizabeth se encontraba. Porque la odiaba. Sí. Pero al mismo tiempo también la amaba más que a nada en aquel mundo. Y quizá era por aquellos dos aspectos que sus vidas no podían separarse: Ya fuese porque necesitaban amarse u odiarse.

Cuando llegó hasta la parte descubierta del barco observó el cuerpo de Elizabeth desfallecido sobre el suelo de madera. Dean sostenía su rostro entre las manos, mientras le hablaba intentando reanimarla. Sin embargo, la hermosa pelirroja, no parecía reaccionar. Jack corrió hasta allí como si la vida le fuese en ello. Se agachó frente a ella, admirando su rostro con soltura, sin poder evitarlo, acariciando su tierna mejilla...

Dean se apartó levemente de la chica, algo asustado. Giró su rostro hacia Jack, que comenzó a mojar, con agua de un viejo cubo, el rostro de la chica, intentando que ésta despertase.

—¿Qué ha ocurrido? —Preguntó, sin dejar de observar a la pelirroja al tiempo que le tomaba el débil pulso.

—No lo sé. Ella estaba hablando con Amy; le dijo que se encontraba mareada... Y de pronto ocurrió, se deslizó desfallecida. —Explicó el moreno arrodillado frente al cuerpo de la princesa.

—Tenemos que llevarla a la habitación. —Suspiró.

Poco a poco cogió el cuerpo de la chica entre sus fuertes brazos. Estaba claro que la vida en aquel barco había

debilitado mucho a la pelirroja; pues ésta estaba acostumbrada a vivir en palacio, a comer deliciosos alimentos diariamente ricos en proteínas o vitaminas. Y allí, sin embargo, los medios eran mucho más escasos. Con Dean siguiéndole de cerca, Jack consiguió bajar a la pelirroja hasta la habitación, una vez llegó hasta allí la tumbó en su cama mientras Amy encendía una de las velas del lugar algo nerviosa.

Jack colocó varios trapos mojados en la frente de la chica, intentando que ésta despertase de nuevo. Podía sentir el ruido de su lenta respiración, pues el estómago de la pelirroja ascendía e instantes después descendía a una velocidad demasiado tranquila.

Por alguna razón, el pirata no quería que los otros dos, que se encontraban en la habitación, se retirasen. No deseaba estar solo. No quería sufrir en silencio. Ya no.

—Amy... —Musitó Jack sin girarse siquiera para observar a la chica. —Dime que es exactamente lo que ha ocurrido.

—Ella... estaba hablándome... Y de pronto me dijo que se mareaba. Intenté sostenerla, pero... no pude. —Balbuceó entrecortadamente.

Jack suspiró, algo molesto.

—¿Qué te estaba diciendo? —Se le ocurrió preguntar.

—Nada... nada importante. —Mintió ella.

Pero Amy era inocente. Y Dean la

conocía demasiado bien como para saber cuándo estaba siendo sincera y cuando no. En cualquier otro momento no la hubiese delatado. pero aquello era una situación crítica.

—Cariño... —Musitó, acercándose hacia ella, rodeándola con sus fuertes brazos con dulzura—. Di la verdad. Cuéntanos de qué te estaba hablando.

Amy sollozó, de forma que los otros dos muchachos torcieron el gesto, sorprendidos.

—No os lo puedo contar. —Reconoció.

Jack se levantó trepidantemente del a silla al escuchar las firmes palabras de la rubia. Se acercó hacia ella peligrosamente, su mirada irritaba un brillo verdaderamente amenazador.

—Habla. —Ordenó.

—No puedo. Me pidió que no dijese nada. —Sollozó mientras se abrazaba a Dean más fuertemente—. Por favor... no puedo traicionarla...

Jack iba a decir algo al respecto, pero justo en ese momento la pelirroja abrió lentamente los ojos, como si los párpados le pesasen muchísimo. El capitán del barco se olvidó momentáneamente de la rubia para dirigirse hacia la otra muchacha. Acarició el pómulos de ésta con cuidado, rozándolo con uno de sus dedos. Sin embargo, con las pocas fuerzas que le quedaban a Elizabeth, ésta apartó el rostro, girándose bruscamente hacia la derecha, rompiendo aquel simple contacto con el pirata.

—No quiero... verlo... —Balbuceó medio adormecida—. Vete Jack... lárgate de aquí.

Dean, junto con la rubia, se quedó estático esperando alguna respuesta por parte de Jack. Éste suspiró débilmente molesto.

—No quiero hacerte daño —le dijo a la pelirroja dulcemente—. De verdad. Tengo que estar contigo, estás enferma. —Explicó con la voz entrecortada.

—¡Déjame! ¡Vete de aquí! —Chilló, cuando él intentó tocar su rostro de nuevo.

Jack se quedó allí parado, más Dean se acercó a él posando una mano sobre el fornido hombro del chico. Le dirigió una suplicante mirada.

—Será mejor que la dejes durante

unas horas —le dijo—. Está débil, no es bueno que se agite demasiado.

El pirata suspiró algo enfadado. Con un gesto brusco, tras dirigirle una última mirada a la pelirroja, se levantó de la silla haciendo caso a las palabras de su amigo. Poco después salió por la puerta añadiendo un *más tarde volveré a ver cómo va todo*.

Y las horas pasaron como días para el capitán del barco. Los minutos no parecían avanzar. Era como si el tiempo se hubiese parado totalmente para atormentar su existencia en aquel extraño mundo. Suficientes misterios tenía en la cabeza como para que ahora, cierta rubia, ni siquiera se dignase a decirle lo que ella había hablado con Elizabeth.

Lo admitía: Le había molestado terriblemente que la pelirroja le echase de la habitación. Él sabía que no se había portado con ella correctamente. Pero de ahí, a soportar aquel nato desprecio... iba demasiado lejos. Le habían dañado las palabras de ella como cuchillos que poco a poco se iban clavando en su interior. Y lo peor de todo aquello era que se sentía terriblemente impotente, como si no pudiese hacer nada al respecto. Se encontraba en una oscuridad total en la cual no llegaba a divisar ni siquiera un ápice de luz.

Por suerte, tras largas horas navegando en silencio, entre sus pensamientos, Dean subió a la parte superior del barco para hablar con él.

—Está algo mejor —le dijo sereno—. Sigue con fiebre alta, necesitamos más agua caliente. Además, está sudando muchísimo —dijo—. Pero creo que ahora está algo más calmada. Puedes bajar a verla si quieres, le diré a Amy que te deje a solas con ella. —Sonrió.

—Gracias Dean —respondió el otro. Y se dio la vuelta para bajar abajo, pero antes de ello volvió a girarse observando como el moreno se hacía cargo del timón del barco. —Siento la distancia —dijo, como si las palabras saliesen solas de sus labios.

Dean arqueó una ceja, curioso.

—¿La distancia...? —Preguntó.

—Sí. La distancia entre nosotros. —Suspiró.

Y dejando al moreno con la gran

duda... bajó las escaleras hacia la habitación, dispuesto a encontrarse con Elizabeth sin saber siquiera como debía reaccionar. En cuanto lo vio entrar Amy salió de allí como alma que lleva el viento, no quería pasar más tiempo del necesario a solas con él.

Jack caminó despacio por la habitación, para finalmente sentarse a un lado de la cama donde reposaba la pelirroja. Cuando sintió el peso de él, a su lado, abrió los ojos lentamente. Quiso gritar, deseó con todas sus fuerzas que Jack desapareciese de allí. Quería estar sola.

—Déjame... —Susurró.

Jack chaqueó la lengua molestó.

—Solo quería saber cómo estabas. —
Explicó—. No te haré nada. Confía en

mí, Elizabeth... sería incapaz de hacerte daño. Y lo sabes.

La pelirroja le dirigió una fría mirada.

—Quiero saber qué es lo que te ocurrió exactamente. —Continuó hablando Jack—. Necesito saberlo para adivinar qué es lo que te pasa. No es normal que estés tan... débil.

—Lo que me pase... solo es asunto mío. —dijo sintiendo como volvía a tiritar de frío al mismo tiempo que su cuerpo sudaba.

—Claro que sí es asunto mío. —Inquirió el pirata, dolido—. Todo lo que a ti te ocurra me importa más que mi propia vida. Te lo juro, las cosas no son como piensas; pero están ocurriendo demasiados sucesos extraños que ni siquiera puedo explicar, por eso a veces

me desespero, me pongo nervioso... Deberías saber que nada de lo que hago lo siento de verdad. Tú eres lo único importante para mí. De verdad, no sé qué hacer. Ni siquiera Amy me ha querido contar de lo que estabais hablando antes de que te pasase esto. Comprende que esté desesperado. Como esto siga así me volveré completamente loco.

Elizabeth suspiró. Estaba molesta, pero en parte comprendía los confusos sentimientos de Jack. Nada de lo que ocurría alrededor de aquel barco parecía ser algo normal. E igualmente no quería alargar las cosas más del tiempo necesario. Ni siquiera le hacía falta el valor para decírselo, pues hacía días que lo sabía cómo toda mujer cuando le

ocurre.

Elizabeth cogió mucho aire.

—Está bien, veo que no das tu brazo a torcer —dijo Jack levantándose de la cama al tiempo que se dirigía hacia la puerta—. Si en algún momento quieres que venga o algo parecido solo tienes que dec...

—Creo que estoy embarazada —confesó.

Un impresionante silencio pareció rodear, con insistencia, la habitación. Fue como si una espesa neblina lo cubriese todo. Jack sentía como los oídos le zumbaban repitiendo la última frase de la chica una tras otra vez en el interior de su subconsciente. Mientras tanto Elizabeth tragaba saliva con dificultad, esperando la reacción del

apuesto pirata.

Él sintió que las piernas le temblaban. Apartó su trémula mano del pomo de la puerta al tiempo que se dirigía de nuevo hacia el lugar del cual acababa de levantarse. Se sentó en la cama, pues sintió que si no lo hacía caería desfallecido hacia el suelo. Suspiró. Pestañeó. Aguantó la respiración.

—¿Qué has dicho...? —Preguntó finalmente, sin ser capaz siquiera de mirarla.

—No importa lo que acabes de escuchar, porque igualmente tú no tienes nada que ver en esto. Sólo se trata de mi responsabilidad. Yo sólo quería que supieses la razón por la que me encuentro tan débil, nada más.

Jack tardó varios segundos en

asimilar correctamente las palabras de la pelirroja. Finalmente la miró fijamente; sus ojos desprendían un extraño brillo.

—Claro que tiene que ver conmigo.

—Dijo, serio.

No era capaz de articular ni una sola palabra más.

—No. —Ella sonrió irónica a pesar de su debilidad—. ¿Quién te asegura que tú fueses el primero o el último...?

—Añadió.

Y consiguió lo que pretendía, pues las pupilas de Jack se dilataron de una extraña forma al tiempo que un remolino de celos se agolpaba en su interior.

—No juegues, Elizabeth. —Advirtió, molesto. Él sabía que había sido el primero. Y estaba seguro de que ella le

amaba.

Ella le dirigió una fría mirada.

—No importa: Aunque sea tuyo no es tú problema. No pienso dejar siquiera que te le acerques.

—Te he dicho que no juegues, no entiendo por qué insistes tanto en cabrearme. Si verdaderamente estás embarazada, te aseguro que ese hijo será tanto mío como tuyo. —Señaló—. Además, aún no podemos estar seguros de que no sea una falsa alarma.

—Te aseguro que sé que no es una falsa alarma. Puedo sentirlo. —Reconoció ella sin poder ocultar sus instintos a pesar del enfado que aún tenía con Jack.

Él la miró tiernamente, sin quererlo siquiera. Nunca imaginó que una

persona tan especial como Elizabeth pudiese llegar a albergar en su interior a un ser pequeño como un bebé. ¡Un bebé, santo Dios! Si aquello era cierto eso significaba que iba a ser papá. Aquella idea ni siquiera se le había pasado por la mente.

Jack no pudo contener sus instintos. Y Elizabeth no quiso contener los suyos. El pirata alzó una mano lentamente, deslizándola por el estómago de la chica, por el interior de su blusa, acariciando su barriga con ternura. La pelirroja sintió como todo su cuerpo vibraba. Era como si Jack hubiese activado una conexión entre ellos dos junto con su futuro hijo. Él cerró los ojos con fuerza sin poder evitar imaginarse a un pequeño niño, algunos

meses adelante, correteando a su lado y gritando a voces la palabra *papá*. Sonaba tan ... bien. Sin poder evitarlo, se inclinó y sus labios rozaron suavemente los de la chica.

Capítulo 14

Jack se apartó cuando ella reaccionó y giró la cara con suavidad, evitando que el beso se tornase más profundo. Elizabeth desvió la mirada de él.

—La cuestión es que ahora quiero estar sola —dijo—. Ahora no me siento cómoda contigo.

Él pestañeó, molesto.

No hacía falta que arrastrase sus sentimientos de aquel modo tan cruel.

—Pero si es cierto que estás embarazada. Esto también es mi responsabilidad. No pienso dejarte sola. Ahora debes alimentarte bien, descansar, no hacer demasiados esfuerzos. Y si no quieres hacerlo por ti,

no seas egoísta y piensa al menos un poco en el bebé.

Ella suspiró molesta, aunque sabía que él tenía razón en el fondo. Ahora debía cuidarse. Y pensar en el bebé, por lo cual debía dejar a un lado el rencor que sentía hacia Jack. Pero es que sólo mirarle recordaba tantas cosas buenas y al mismo tiempo tanto dolor que sentía que le quemaba, que una llama en su interior ardía constantemente.

—Bueno, pero por el momento deberíamos celebrar la noticia —susurró Jack acercándose peligrosamente hacia el oído de la chica. Mordió su oreja suavemente provocándole un fuerte cosquilleo. Elizabeth reprimió sus instintos.

—No. Basta, Jack —dijo, seria—.

Me encuentro mal Y no tengo nada que celebrar contigo. Además, no quiero que toda la tripulación se entere, hasta el momento sólo lo sabe Amy.

—Está bien, pero al menos déjame cuidarte.

—No. Para eso está Amy. También Dean —refunfuñó la pelirroja—. No quiero verte. Me pongo peor. Deja que pase el tiempo.

Él suspiró molesto.

—Como quieras —cedió enfadado—. Iré un rato arriba —dijo, con la esperanza de que ella le pidiese que se quedase, cosa que nunca sucedió.

De forma que Jack subió las escaleras del barco con un extraño sentimiento en su interior. Por una parte, estaba completamente consternado, pero al

mismo tiempo alegre: Iba a ser papá. La idea de tener a un bebé entre sus brazos se le antojaba de lo más extraño. Y por otra parte quería que Elizabeth cediese sin que él tuviese que rebajarse demasiado. Deseaba volver a tenerla en sus brazos, poder mimarla, elegir un nombre para el futuro pequeño pirata. Que compartiesen juntos aquella alegre noticia.

Sin embargo, dado el grandísimo orgullo, Jack subió hasta el exterior del barco buscando con la mirada a cierta rubia. Cuando la encontró, junto con Dean, se acercó.

—Quedaros cuidando de Elizabeth —dijo—. Tú, Dean, si quieres puedes hacerme compañía —añadió, mientras Amy ya comenzaba a bajar las escaleras

hacia la habitación.

Dean se quedó con él al tiempo que Jack se disponía a coger de nuevo el timón del barco. Estaba nervioso por la noticia. Y por alguna razón deseaba compartirla con su amigo.

—Está embarazada —dijo con sencillez.

Dean abrió mucho los ojos, sorprendido.

—¿De verdad? —preguntó—. ¿La princesa embarazada...?

Pero cerró rápidamente la boca, al advertir la fría mirada de Jack tras murmurar aquella palabra prohibida.

—Lo siento —Carraspeó—. Pero bueno tendremos que celebrarlo, ¿no?

—Ella no quiere —contestó Jack—. Pero eso no quita que nosotros dos no

podamos bebernos alguna que otra copa, ¿no crees?

Y por la pícara mirada de Dean supo que estaba pensando lo mismo que él.

La noche llegó rápidamente. Había sido un día duro para todos. Jack pasó una última vez por la habitación de la pelirroja, para dedicarle dulces sueños; pues sería mejor que descansase. Y Amy decidió quedarse en la habitación cuidando de ella. De forma que, Dean junto con el capitán del barco, bajó sutilmente las escaleras hacia una de las bodegas. Cuando llegaron, Jack descorchó rápidamente una botella, al tiempo que tendía otra abierta al moreno. Las alzaron mirándose sonrientes.

—¡Por los viejos tiempos...! —

Exclamó Jack, abriendo el brindis—. ¡Y por un futuro pirata...!

—Exacto. ¡Salud! —Dean chocó su botella contra la de su amigo, produciendo un sutil sonido acristalado. Poco después los dos les dieron largos tragos saboreando el alcohol.

Empezaron a beber sentados en el suelo de la bodega, mirándose sonrientes.

—No sabes cuánto eché de menos estos momentos durante mi estancia en la corte. Fue verdaderamente insoportable —Admitió Dean.

—Lo imagino —Jack sonrió—. Créeme, no me gustaría haber estado en tú pellejo. Pero bueno, sé que últimamente he estado un poco distante. No sé, en poco tiempo mi vida ha dado

un giro radical. Pero veo que sigues siendo el mismo pirata que conocí tiempo atrás.

—Por supuesto, no iba a cambiar por un par de estúpidos adinerados. Llevo años sin poder beber tranquilamente. Con lo que a mí me gusta tener la botella en la mano allí sólo me dejaban coger copas de una en una —Rio, junto con Jack.

El capitán pensaba decir algún comentario irónico ante las palabras de su amigo, pero justo en ese mismo momento Amy abrió la puerta bastante nerviosa.

—¡Dónde demonios estabais, no os encontraba! —Gritó, alarmada—. ¡Por favor, tenéis que venir pronto a la habitación, Elizabeth está mal!

Y bastaron aquellas palabras para que Jack se levantase del suelo a una velocidad trepidante seguido por un alarmado Dean. Corrió hasta su habitación. Y abrió la puerta de ésta bruscamente, para entrar, acercándose rápidamente hacia la pelirroja.

Le tocó la frente despacio, mientras los otros dos observaban en un extremo de la estancia.

—¿Qué le ocurre? —preguntó una asustada Amy.

—Está ardiendo. Dios mío tiene muchísima fiebre, no es normal —dijo Jack preocupado.

—Déjame... déjame, Jack... no te acerques... —balbuceaba la muchacha.

Elizabeth tiritaba en la cama. Estaba ardiendo; seguramente tendría más de

cuarenta grados de fiebre. Y, al mismo tiempo, un sudor frío se extendía por su frente produciéndole continuos escalofríos. Ella apenas podía hablar, mantenía los ojos cerrados intentando entreabrirlos, para observar cómo un preocupado Jack se acercaba hacia ella.

—Tranquila, mi amor —dijo el muchacho, asustado por lo que estaba ocurriendo—. No te preocupes por nada. Te vas a poner bien.

—Déjame... Jack, o... —Balbuceó la temblorosa muchacha.

Él ignoró sus palabras.

—¡Dean, tráeme muchas mantas! Pero de las que están en la cubierta.

—Pero, Jack, las mantas que están en la cubierta, estarán heladas —Advirtió el moreno, mientras Amy se agarraba

fuertemente a él, sollozando débilmente.

—¡Eso es lo que quiero, maldita sea! Tráeme esas mantas frías, necesito que le baje la temperatura ¡Está ardiendo, joder! —Exclamó.

Él se acercó más hacia la muchacha, sentándose a su lado en la cama. Ella mantenía los ojos algo entreabiertos, más las imágenes que divisaba estaban borrosas. Sintió como cierto muchacho le daba la mano transmitiéndole un interminable calor.

—No te preocupes —Jack intentó sonreír a pesar de lo asustado que estaba—. Todo saldrá bien: Te pondremos las mantas Y la fiebre bajará. —Le acarició el estómago cariñoso. Él no sabía demasiado de embarazos, por lo cual no se imaginaba

cual sería la causa exacta de lo que le ocurría a la muchacha.

Seguramente la falta de una alimentación adecuada, junto con el cambio del clima del mar al clima de la ciudad, más el repentino embarazo Había provocado todo aquello. Su cuerpo estaba totalmente desacostumbrado a la situación.

Por suerte, Dean no tardó demasiado en llegar con las mantas. Por el contrario, Amy se mantenía ausente a un lado de la habitación, sin saber demasiado bien qué hacer. Y, pensando, que si Patrick estuviese allí seguramente ya se le hubiese ocurrido alguna de sus estratégicas ideas; justo lo mismo que Jack pensaba.

Pasaron lentamente los minutos, como

si fuesen horas. El tiempo se hacía eterno. La fiebre no bajaba en lo más mínimo a pesar de las frías mantas que se encontraban sobre el cuerpo de la pelirroja; al contrario: Ésta temblaba aún más que antes, tiritaba involuntariamente y estaba demasiado pálida. Los labios, antes rojizos, ahora se observaban de un claro tono rosado, casi algo amoratados. Jack se agarró la cabeza con fuerza asustado. Había pasado el tiempo, pero su cuerpo no reaccionaba al frío.

—¡Dios mío! —Exclamó, mientras Dean posaba una mano en el hombro de su amigo al tiempo que Amy sollozaba sobre el pecho del moreno—. ¡Qué más podemos hacer! ¡Una señal, algo, joder! —Gritó Jack, terriblemente asustado. Su

plan no había funcionado. Si no se le ocurría algo pronto Elizabeth moriría.

—¿Y si le damos algo de comer? — preguntó Dean, por decir algo, ya que no encontraba la solución correcta.

—¡Para qué quiere comer! ¡Dios, lo que tenemos que hacer es que le baje la fiebre...! para que se le vayan los temblores. No lo entiendo, está ardiendo, está pálida ¡Joder, maldita sea! —Jack golpeó con el puño cerrado la mesa de madera, asustando débilmente a Amy.

La muchacha rubia lo observó algo asustada, aun abrazada al cuerpo de Dean. Quería hablar quería encontrar la solución para que Elizabeth se pusiese bien, pero no entendía demasiado de medicina. Amy se llevó una mano a la

boca, asustada.

—Si Patrick estuviese aquí sabría que hacer...

—¡Ya lo sé, maldita sea! —Jack se giró totalmente fuera de control hacia ella, mientras Dean intentaba calmarlo con un gesto de mano—. ¡YA SÉ QUE PATRICK SABRÍA QUE HACER! ¡PERO ÉL NO ESTÁ! Maldita sea, Patrick está en el fondo del mar y no se puede hacer nada para...

Estaba gritando furioso cuando de pronto sus palabras se quebraron totalmente. Jack enmudeció por completo: ¡Claro que sí! ¿Cómo no se le había ocurrido antes...? ¡Había dado en el clavo sin apenas proponérselo! Ahí estaba la solución. Y como siempre Patrick por medio, gracias a él.

Finalmente, como instantes atrás había pensado, Patrick siempre tenía la solución correcta para todos sus problemas.

—¡Ya está! —Sonrió abrazando a Amy sin poder evitarlo pues, quizá, si ella no hubiese murmurado aquel comentario nunca se le hubiese ocurrido la idea—. ¡El agua! ¡Es de noche y el agua está helada! Tenemos que meterla en el agua —dijo.

—Pero... —Dean abrió la boca para protestar, algo inseguro.

—¡No! Tan sólo ayudarme, tenemos que cargarla hasta la cubierta. Amy, despierta a algunos hombres si no puedes echar tú sola el ancla —Ordenó el capitán—. ¡RÁPIDO!

Fue como si un enorme huracán

acabase de irrumpir en la habitación. Todos comenzaron a moverse a una velocidad trepidante. Por una parte, Amy se dirigió hacia la cubierta para intentar echar el ancla, ya que lo había hecho tiempo atrás con Elizabeth sin demasiada dificultad. Por otra parte, Dean, junto con Jack, llevaba a la pelirroja en brazos, para subirla hacia la cubierta.

—Tú abre la puerta, no te preocupes; yo la cargo —dijo Jack.

Posó una de sus manos bajo el cálido cuerpo de la muchacha, alzándola, cogiéndola con los dos brazos sobre sí mismo. Poco a poco comenzó a caminar pisándole los talones a Dean, que subía a toda velocidad hacia la cubierta.

Amy estaba a punto de conseguir que

la cuerda del ancla cediese. Y justo cuando Dean llegó para darle un empujón ésta se deslizó rápidamente hasta terminar en el suelo de las profundidades del mar.

—¡Ya está! ¿Cómo lo hacemos? — preguntó Amy, agotada por el esfuerzo.

—Me meteré con ella en el agua. No os preocupéis. —Los miró serio—. Bajar la escalera de madera.

Los otros dos cooperaron, hasta que finalmente, con Elizabeth en brazos murmurando cosas irreales a causa de la fiebre, Jack comenzó a bajar por la escalera; sin poder evitar escuchar lo que la chica balbuceaba medio dormida.

—Eveline, no me dejes sola por favor —Decía, fuera de sí; con los ojos cerrados—. No te alejes, no lo hagas.

—Tranquila mi amor. —Jack pegó sus labios a la ardiente mejilla de la chica mientras descendía con cuidado y algo de dificultad por la escalera de madera, hasta llegar al agua—. No te preocupes, te vas a poner bien.

—¡Eveline! Eveline, si escuchas la melodía del mar, ¡aléjate, por favor! No te acerques ¡No! No lo hagas Eveline ¡Te hará daño! —Gimoteaba ella, que parecía estar pasándolo terriblemente mal en el interior de su extraño sueño—. ¡NO! Eveline, no, no juegues, no te acerques ¡Vete, vete...! No lo hagas, él no juega —balbuceaba.

Jack, sorprendido por las palabras que murmuraba la pelirroja, continuó bajando la escalera algo asustado. Cuando los pies de ella tocaron la fría

agua del océano en la noche, él notó como todo su cuerpo se estremeció ante el contacto.

—Tranquila —dijo él.

Ni siquiera sabía por qué le hablaba a Elizabeth, pues tenía el presentimiento de que ella se encontraba en otro lugar, en un lugar irreal en el interior de sus propios sueños, por lo que no podía siquiera llegar a escucharle. Pero su voz, denotando tranquilidad, provocaba que él mismo se animase. Ya no le importaba hablar solo, no le importaba lo que Elizabeth dijese, le daban igual los sueños de Eveline, aunque esta fuese su hermana, y todas las sorpresas que habían aparecido en su vida en los últimos tiempos. Lo único que deseaba era que la pelirroja se pusiese bien, que

abriese los ojos para abrazarlo tiernamente con sus temblorosas manos. Pero, sobre todo, no quería que el bebé sufriese ningún daño por su culpa, por hacer algo mal...

No sabía el porqué, pero algo en su interior le indicaba que hacía lo correcto. El simple hecho de que aquella idea, de meterla en el agua, se le hubiese ocurrido gracias a Patrick, en parte, lo calmaba. Sentía que Patrick estaba allí, en el mar, en el océano de la noche iluminado por la luz de la luna, guiándolos y protegiéndolos de cualquier mal que les acechase.

Jack sumergió finalmente el cuerpo de la muchacha en el agua helada, al tiempo que él también tenía que meterse, sintiendo el frío de la noche calándole

los huesos. Sujetó el cuerpo de la pelirroja entre sus manos, mientras notaba como éste seguía tiritando por la mezcla de temperaturas.

—Todo está bien —dijo, de nuevo hablando para sí mismo—. Te vas a poner bien, mi vida. Solo tienes que aguantar un poco más.

Elizabeth temblaba entre sus brazos. Su cabello rojo se encontraba bañado por el agua del océano, pareciendo levitar sobre éste, tornando su rostro de una divina hermosura bajo el contraste de la fugitiva luz de la luna llena; esa que nadie podía opacar, aunque quisiese.

—Eveline —Gimoteó ella con los ojos cerrados, en su extraño sueño fuera de la realidad—. No me dejes...

Jack suspiró intentando controlar un silencioso llanto que pugnaba por salir de sus hermosos ojos grisáceos. Ahogó un quejido: Ahora tenía que ser fuerte, tenía que proteger a su amada, al igual que a su bebé. La sujetó, mientras movía las piernas en el agua para no hundirse; estaba acostumbrado a nadar perfectamente bien, por lo cual aquello no era demasiado costoso para él.

Poco a poco, mientras Dean lo observaba todo desde arriba, abrazando el cuerpo de Amy con cariño; el color fue tornando al rostro de Elizabeth, oprimiendo aquella palidez. Algo en su interior parecía luchar contra un escondido mal, como si hubiese algo más que la empujase hacia todo lo que le estaba ocurriendo.

—Te amo —Le susurraba Jack, despacio, al oído, mientras no dejaba de mover las piernas para no helarse a causa de la baja temperatura del agua.

—Eveline, no lo hagas ¡No te acerques a él! No por favor — balbuceaba ella.

Y poco a poco las palabras de Elizabeth fueron omitiéndose, para dar paso a un extraño silencio irrumpido solo por el movimiento de las aguas. Su cuerpo dejó de temblar, ahora sólo tiritaba, pero de frío; algo que Jack pudo notar.

—¡Vamos a salir! Está mejor —Gritó él a los otros dos.

—Está bien, no te preocupes. Yo te ayudo —dijo Dean, soltándose de Amy para posarse en el principio de la

escalera.

Jack dirigió su mirada una última vez hacia las profundas aguas del océano, donde el reflejo de la luna le sonreía con fuerza.

—Gracias, Patrick —Susurró, sin que nadie apenas pudiese oírlo.

Poco después comenzó a subir de nuevo las escaleras, con el empapado cuerpo de Elizabeth sobre sus brazos. Cuando al fin lo consiguió, Dean se encontraba arriba, así que arropó a la pelirroja con una suave manta y la llevaron a la habitación de Jack para tumbarla de nuevo en la cama: Lo que ahora más necesitaba era descansar tranquilamente.

La rubia iba a salir con Dean de la habitación, cuando se giró hacia un

despistado Jack, que observaba el cuerpo de Elizabeth, sobre la cama, anonadado; tapándola bien con algunas mantas.

—Jack —dijo Amy—. ¿Podría quedarme esta noche con Elizabeth?

Dean abrió la boca para decir algo, dadas las circunstancias de la relación entre los otros dos; más las palabras de Jack interrumpieron su queja.

—Sí. —Sonrió como pudo—. Puedes quedarte con ella si quieres. Yo necesito descansar, cambiarme de ropa, recoger el ancla. En fin. Ya sabes, si ocurre algo me llamas inmediatamente, no creo que me duerma; pero no dudes en despertarme si acaso.

Y él salió, junto con un sorprendido Dean, de la habitación.

De alguna forma la mente de Jack había reflexionado extrañamente. Él no podía negarse ante la profunda amistad que Amy sentía por Elizabeth, al igual que ocurría a la inversa. No iba a detener aquello. Además, gracias al comentario de la rubia, la pelirroja había mejorado inmediatamente. Tenía que dejar de ser tan reacio, tan brusco. Quizá debía dejar a un lado el rencor; estaba seguro de que a su gran amigo Patrick no le hubiese agradado que él se llevase mal con la chica que tanto había amado.

Sonrió, contento consigo mismo.

—Puedes dormir si quieres en la otra habitación. —Le indicó a Dean.

—No te preocupes, prefiero quedarme contigo esta noche, de verdad

—dijo él otro, mientras le sonreía posándole una mano en el hombro, amistosamente.

El capitán del barco sintió un escalofrío en su interior. Porque, a veces, da igual el tiempo que haya pasado; no importa las discusiones que se hayan mantenido, ni tampoco los errores, ni los enfados. Algo en nuestro interior siempre es capaz de decirnos quien es una amistad de verdad. Quien es, finalmente, nuestro amigo. Y vale la pena que no estés de acuerdo en todo con esa persona, ya que, si fueseis exactamente iguales, o pensaseis lo mismo no seríais amigos de otra persona; seríais amigos de vosotros mismos.

Y Jack sintió que no importaba el

tiempo que había estado sin verlo. No importaba que él hubiese sido indirectamente el culpable de la muerte de Patrick, en cierto modo. Las cosas que suceden, suceden porque deben suceder. Porque, quizá, la naturaleza, las aguas del mar, o cien mil aspectos más lo piden, lo indican.

Cada acto que llevamos a cabo connota con otra acción. Todo. Absolutamente todo. Puedes llegar a cambiar el mundo de alguien con solo mover una hoja, de un lado a otro. Quizá en esa hoja vivía un pequeño insecto, que ahora ha tenido que trasladar su hogar a otro lugar. Si sopla el viento puede que la arena de la playa se meta en sus ojos, pues connota con el hecho de que haga viento. Si llueve, te mojas.

Si hace frío, te pones una camisa de manga larga. Si mueves una pieza del ajedrez cambias toda la partida. Si escuchas una canción puedes llegar a enfadarte, en cambio también ocurre algo si escuchas alguna que puede hacerte llorar. Toda tu vida depende de pequeños detalles que continuamente pasamos por alto sin apenas darnos cuenta de ellos. Y son esos los que deciden nuestro destino, nuestra vida. El camino a seguir.

Quizá era hora de que Jack comenzase a plantearse lo que sus actos habían connotado. Había llegado el tiempo de observar el mundo desde otra perspectiva. Si coges un diamante, y miras a través de él quizá solo veas el diamante. Pero, propongamos otra cosa:

Coges un diamante, lo acercas a la luz del sol Y entonces puedes ver diferentes destellos, diferentes colores repletos de luz; diferentes caminos, opciones, elecciones, actos que escoger. Porque, quizá, todo depende de cómo se mire.

De alguna extraña forma Jack comenzó a mirar el mundo a través de un cristal o un diamante que se encontraba frente a la luz del sol. Toda su vida había visto tan solo su propio reflejo tras aquel diamante ahora, en cambio, comenzaba a ver algo más que aquella simpleza.

Capítulo 15

Elizabeth durmió toda la noche sin interrupciones a causa de pesadillas. Cuando despertó, se fijó en cierta rubia que dormitaba en la silla de madera, a su lado.

—Amy —Susurró, restregándose los ojos soñolienta.

La otra muchacha despertó lentamente, intentando recordar todo lo que había sucedido la noche anterior; pues a causa de ello se encontraba terriblemente cansada.

—¡Elizabeth! —La abrazó, aún algo preocupada—. ¿Cómo estás? ¿Te encuentras mejor...?

La pelirroja pestañeó.

Miró de arriba abajo a su querida amiga buscando algún detalle de locura en su ser.

—¿De qué estás hablando...? —preguntó ella, contrariada; apoyando ambas manos en las sábanas—. Claro que me encuentro bien. Creo que la que no está demasiado bien eres tú, pero...

—¿Qué? —Amy abrió la boca sorprendida—. ¡Elizabeth, estuviste a punto de morir! —Exclamó la rubia—. Ayer en la noche tenías muchísima fiebre, estabas temblando. Y no parabas de decir cosas sin sentido sobre una tal Eveline o algo así...

—No recuerdo nada de eso —dijo la pelirroja, tocándole la frente a su amiga, para ver si era ésta quien sí tenía algo

de fiebre—. Me acosté, pero no volví a despertarme. No dije cosas extrañas, ni tampoco tuve fiebre.

Amy se sentó a su lado, preocupada.

—Claro que sí, amiga. Empezaste a temblar, a sudar. Estabas mal. No sabemos bien que era lo que te ocurría. —La miró—. Pero tras varias cosas que pensamos no te ponías mejor. Así que, al final, a Jack se le ocurrió la idea de meterte en el agua.

—¿Qué...? —La pelirroja pestañeó, sorprendida.

—Sí —Continuó hablando Amy—. Él te metió en el agua. Tú no dejabas de hablar de esa tal Eveline sobre cosas demasiado extrañas Y al final, gracias a Jack, te pusiste bien. Él me dio permiso para quedarme contigo por la noche.

Elizabeth la miró sorprendida. No recordaba nada de todo aquello. Le parecía sorprendente que Jack la hubiese metido en el agua sin que ella se hubiese dado cuenta.

—¿Él me salvó, entonces...? — preguntó, intentando mostrar algo de indiferencia.

Pero Amy sonrió

—Sí. Jack estaba muy preocupado. Pensé que iba a volverse loco. —Sonrió—. No seas ignorante, Elizabeth; él te ama como a nadie. No deberías tratarlo así.

—Se lo merece —dijo la pelirroja—. O bueno, quizá tiene cosas que están bien. Pero otras me sacan de quicio.

—Ya, pero le quieres.

—Sí; pero también le odio —

Corroboró la otra, mostrándole una falsa sonrisa.

Ambas muchachas dejaron la conversación al lado; pues cierto muchacho acababa de entrar en la habitación. La rubia salió como un cohete de allí al tiempo que Jack se acomodaba sentándose en la cama, junto a Elizabeth, que permanecía callada mirando hacia un lado inexacto de la pared.

—¿Cómo te encuentras? —preguntó él, algo tímido.

—Perfectamente bien, hasta que llegaste tú —dijo.

Jack luchó contra su instinto para ignorar aquel último comentario.

—Yo también te quiero —dijo, provocando la ira de la chica.

—Creo que además de idiota te estás quedando sordo.

—Basta. —La miró serio—. De verdad, será mejor que dejemos de discutir. Porque, cuando lo hacemos, los dos nos ponemos nerviosos. Y eso no es bueno. Entiende que no es bueno que te pongas nerviosa.

Ella suspiró.

Jack se levantó de la cama, pero volvió a sentarse como si estuviese robotizado. Clavó su vista en los cálidos ojos de la chica sintiendo que algo en su interior se derretía. Quizá era su alma, o su mismo corazón. Las palabras salieron solas de sus labios.

—Te amo —Le susurró.

Elizabeth evitó su mirada con esfuerzo. Sentía como algo en su interior

quería abrazarlo. Era como si su propio hijo se lo estuviese pidiendo. El fruto que albergaba en su vientre le llamaba para que amase a aquel pirata que estaba medio loco.

—Yo también —admitió ella.

Jack se acercó mucho a su rostro, pegando su frente contra la de la chica, al tiempo que la acorralaba con sus fornidos brazos.

—Tú ¿Tú qué...? —Le susurró, atractivamente.

—Yo tengo hambre —Mintió la pelirroja, pestañeando continuamente. La presencia de Jack tan cercana siempre conseguía ponerla nerviosa.

—Yo también tengo hambre —Corroboró Jack, pícaro, mientras acariciaba su mejilla con los dedos—.

Tengo hambre de ti.

Elizabeth abrió la boca sorprendida. Y justo en ese momento Jack aprovechó la frustración de ella para juntar sus labios cálidamente; notando el suave aliento que Elizabeth emanaba delicadamente. Mordisqueó su labio inferior con cariño, mientras posaba sus fuertes manos en la cintura de la pelirroja; acariciándola sin descanso, como si de un vaivén se tratase la situación.

Ella se mantuvo unos instantes sin reaccionar. Más, finalmente, cuando sintió que se derretía por dentro, entreabrió los labios para permitir que la lengua del pirata se escurriese en su interior; provocándola, incitándola, tentándola como siempre hacía.

—Dime que me amas —Le pidió Jack, pegando su frente con la de la muchacha. Ella pestañeó, confundida por el Elizabeth aroma que él siempre desprendía.

—Te amo —Le susurró.

Él rodeo su cintura instintivamente; sin poder evitar que su cuerpo respondiese ante aquella eterna pasión. Besó sus labios con desespero, con furia. Elizabeth gimió entre una mezcla de dolor con placer; respirando con dificultad, dejándose llevar por los fornidos brazos del apuesto muchacho.

Jack se deslizó hasta la cama, sobre el cuerpo de la pelirroja, acurrucándola entre sus brazos. Hubiese dado parte de su vida por hacerle el amor en aquel mismo instante, pero sabía que estaba

débil, por lo cual temía hacerle daño o que afectase al bebé; al menos hasta que se recuperase. Por lo tanto, se mantuvo abrazándola con cariño; protegiéndola del resto del mundo. Ella cerró los ojos lentamente, sintiendo los brazos de su pirata rodeándole la cintura con amor.

Por alguna extraña razón: Quizá porque ella había estado numerosas veces al borde de la muerte; Jack comenzaba a madurar. Madurar. No en el hecho de crecer como persona; sino en el hecho de cambiar. Cambiar para ella. Cambiar para su hijo. Cambiar para el mundo. Cambiar. Poco a poco, comenzó a observar aquel diamante tras los reflejos del sol, impregnándose con su eterna luz.

Se quedaron largas horas en silencio,

abrazados sobre la cómoda cama mientras cerraban los ojos de vez en cuando. Amándose sin palabras, sin actos, sin movimientos Sólo con su pequeño contacto, acariciándose las manos tiernamente, como si fuesen unos adolescentes enamorados.

Y, mientras tanto, en un lejano lugar, alguien amenazaba con destruir aquella bella felicidad.

—Ya les hemos dado el primer aviso —dijo un fornido hombre.

—Sí. Espero que esos cañones les hagan pensar —dijo Owen, dirigiéndole una maliciosa mirada al horizonte—. Lo único que deseo es acabar con ese

maldito Jack Rowen.

El otro hombre, de más edad que Owen, se sobresaltó al escuchar aquel nombre. Sus ojos se ensombrecieron, de forma que parecían inyectados en sangre.

—No vuelvas a mencionar el nombre de Jack unido a la palabra Rowen —Le ordenó, con un tono que no dejaba puertas abiertas para más preguntas. Owen tragó saliva algo nervioso mientras asentía.

—No se preocupe, no lo haré. —Lo miró—. Supongo que dentro de poco pararan en alguna Isla; pues les debe de quedar poca comida.

—Sí. —Sonrió malicioso—. Y ese será el momento en el cual morirá. —Clavó sus ojos en el mar—. Nadie

puede vivir sin ella. Nadie. Y menos él.

Owen asintió, sin entender demasiado. Le estaba lo suficiente agradecido, a aquel extraño hombre, como para atacarlo con preguntas que él no parecía querer responder. Con la simple idea de saber que odiaba profundamente al maldito de Jack le era suficiente.

Sucesivamente, alejados de todo lo demás, otras dos personas hablaban, entre sollozos, en el gran salón de palacio.

—¡Marcus, por lo que más quieras, debemos hacer algo! ¡No podemos quedarnos de brazos cruzados! —Gritó

una hermosa mujer—. ¡Es tu hija! Y mi única razón para seguir viviendo —dijo, tristemente.

El rey Marcus, se levantó de su silla acercándose hacia la bella dama.

Con los pulgares de su mano secó algunas de sus lágrimas.

—Sarah, todos los barcos de palacio están tras su búsqueda. Es imposible que no la encuentren, lo harán; no te preocupes. Dentro de poco tendremos a nuestra pequeña Elizabeth de regreso y protegida en palacio.

—¡No es cierto, maldita sea! — Exclamó la otra, nerviosa—. ¡Y tú de verdad crees que ocurrirá...! Estás totalmente equivocado. —¡Son piratas! ¡Tu tripulación no tiene nada que hacer frente a ellos! No los conoces. Y Rowen

la matará. Por favor...

—¿Qué quieres que hagamos, entonces? —Marcus se cruzó de brazos, preocupado.

Realmente lo estaba. Para empezar, no encontraba a su hija. Y, por si aquello fuese poco, la mujer que años atrás lo había abandonado aparecía como si nada, en los peores momentos de su vida. Durante días Sarah no había probado bocado, estaba pálida y débil.

—Vayamos nosotros a buscarlos, Marcus —pidió Sarah—. Te lo ruego. Sé manejar un barco, con tu ayuda será más fácil. Yo he vivido en ese mundo durante años, créeme que sé lo que digo, Marcus...

—¡De ninguna manera!

—Marcus Por favor ¡Es nuestra hija!

Confía en mí. Siento todo lo que te hice, siento mis actos del pasado. Pero créeme que esta vez no te miento. Hazlo por ella. Mírame a los ojos y confía en mí —Le rogó, mientras pequeñas lágrimas se deslizaban por sus pómulos.

Capítulo 16

El mundo parecía haberse tranquilizado poco a poco. Por una parte, Elizabeth dejó de estar enfadada con Jack, tras saber lo que había hecho por ella cuando se encontraba enferma. Y el muchacho no cabía en sí de felicidad, e incluso se había prometido no guardarle más rencor a Amy, la prometida de su gran amigo Dean.

Desde entonces, el barco rebosaba tranquilidad. Una paz tremenda que provocaba que todos volasen sonrientes entre suaves nubes de terciopelo. Además, habían dejado a un lado las extrañas frases que Elizabeth mencionó sobre Eveline cuando él la introdujo en

el agua para bajarle la alta fiebre.

—Se llamará Jack. —Elizabeth sonrió —. Creo que es un buen nombre...

—Tienes razón, suena bien —Jack frunció el ceño, divertido; mientras acunaba a su amada entre sus fuertes brazos—. Jack me gusta mucho; pero el nombre no me dice nada.

—¿A qué te refieres? —preguntó la pelirroja, curiosa.

—No sé. Quedaría mejor algo así como Patrick.

—Bueno, Patrick me gusta. —Le pellizcó la mejilla, traviesa—. Pero, ¿por qué estás suponiendo que será chico? Quizá sea una niña. Una niña pirata —dijo.

—Hmm —La miró pícaro—. Tienes razón. Si es niña debería llamarse ehmm

a ver, a ver —dijo, pensativo—. ¡Ya está! Sophie, me gusta.

—Ajá, Sophie —Repitió la pelirroja, reflexiva—. No está mal.

Acto seguido Elizabeth se posó de lado en la cama, alzó sus brazos y comenzó a hacerle costillas al chico que tenía al lado.

—Basta, basta —Se quejó él, mientras reía sin poder parar de hacerlo.

Los días en el barco se habían vuelto tranquilos. Sin embargo, todos sabían que pronto deberían hacer una parada más para repostar comida y descansar unos días del movimiento marítimo que rodeaba el barco. Además, el embarazo de la pelirroja avanzaba rápidamente.

Una de aquellas tantas mañanas, Jack se encontraba en la cubierta del barco,

manejando el timón, mientras Dean, con el que había vuelto la confianza, hablaba a su lado.

—Lo que te digo, Jack. Tenemos que parar cuánto antes. Queda poca comida en el barco. Además, Elizabeth está con el embarazo, y aparte de que necesita un poco de calma también debe alimentarse bien y, por si eso fuese poco...

—Sí, sí, vale, no te preocupes; en cuanto vea tierra firme a lo lejos nos dirigiremos hacia allí. Si no me equivoco por esta parte existe una isla algo perdida en la que nunca he estado. Creo que la encontraremos pronto, aunque no creo que nadie viva allí, pero es lo más cercano que tenemos en estos momentos. Seguro que al menos, habrá

frutos de los árboles para comer —dijo el capitán; mientras giraba hacia la derecha el timón, buscando aquella isla.

—Son ellos —anunció un hombre, entrado en edad, que miraba hacia el mar, desde su barco, en uno de los anteojos.

—¿Estás seguro? —preguntó Owen, curioso.

—Por supuesto que sí. —Sonrió maliciosamente—. Yo nunca me equivoco, muchacho. Les seguiremos. Y en el momento en el que menos lo esperen...

Dejó la frase sin terminar; de manera que Owen supuso lo que quería decir,

por lo cual sonrió malévolamente, al tiempo que clavaba la vista en el lejano horizonte del mar.

—¡Ahí está! —Gritó Jack, dos días después de la búsqueda, cuando al fin encontró la tierra firme que tanto había deseado—. ¡Rápido muchachos, a todo estribor! ¡Bajad las velas! —Ordenó, como buen capitán.

—¡Ya lo habéis oído...! —dijo Dean, provocando que toda la tripulación se pusiese manos a la obra de inmediato.

Una pequeña islita se divisaba a lo lejos. Las olas del mar rompían sobre las vírgenes playas del paisaje. Tenía muchísimos árboles, que formaban un

frondoso bosque en el centro de la isla. También algunas rocosas montañas se alzaban levemente, por la parte alta.

Poco a poco, el barco fue navegando despacio, surcando las olas bajo la popa, acercándose cada vez más a la esperada isla. Finalmente, cuando se encontraron lo suficientemente cerca de la costa, Jack ordenó que tirasen el ancla. Y poco después, todos se encaminaron hacia las pequeñas barcas, para desde allí ir remando hasta la isla.

—Es preciosa —dijo Elizabeth, mientras Jack remaba, en uno de los botes. Algunos botes más les seguían de cerca.

—Sí ¡Preciosísima! Cuando veas las serpientes de la selva, los tiburones del mar, las arañas venenosas Y todos los

demás animales salvajes ¿También te parecerán preciosos...? —preguntó Dean, desconcertando a la pelirroja.

—¿Has dicho tiburones, serpientes y arañas...? —dijo la rubia, abrazándose fuertemente a su chico.

Él rio, mientras Jack esbozaba una pequeña sonrisa maliciosa, de chico travieso.

—Sí. Y también saltamontes gigantes que atacan por las noches —dijo, el capitán, bromeando.

—¿De veras...? —Amy abrió mucho los ojos.

—¡Es broma, joder! —Reconoció Dean, finalmente, tras ver lo asustada que estaba la rubia—. Bueno, lo de las serpientes, los tiburones y las arañas no —dijo, en un pequeño susurro.

—¿Qué has dicho...? —preguntó Amy, algo más tranquilizada.

—¡Ah, nada, cariño! —Mintió Dean, dándole un pequeño beso en los labios. Jack rio tras él, continuando remando, para luego turnarse con el moreno.

En apenas unos minutos desembarcaron sobre la costa, dejando las barcas a un lado. Jack aspiró aire profundamente, como si quisiese abarcar en sus pulmones todo el oxígeno posible. Sonrió. Y poco después, cogió la mano de la pelirroja dispuesto a caminar para explorar aquella misteriosa isla perdida en medio del océano.

—Bien. Será mejor que nos dispersemos. Que la mitad de la tripulación venga con nosotros, Liam, tú

también —dijo; cuando los cuatro se posicionaron a un lado—. Los demás que se dirijan hacia la derecha. Los primeros que encuentren algo serán los que se dediquen a buscar al resto del grupo. O, si acaso, como la isla no es demasiado grande, nos iremos encontrando sin demasiada dificultad. —Sonrió—. ¡Adelante, muchachos!

Y dicho aquello, todos comenzaron a caminar como verdaderos exploradores; dejando atrás la blanca playa, rociada por la espuma del mar, para internarse en un profundo bosque repleto de secretos. Elizabeth apretaba fuertemente la mano del pirata, con algo de miedo; pues no todos los días una princesa de la corte se internaba en frondosos bosques que nadie de los que allí se encontraban

conocían.

—No te preocupes por nada. —Le susurró Jack al oído, notando el nerviosismo de ella.

La pelirroja sonrió como pudo.

Pasaron un claro. Dos, tres, cuatro, cinco. Todos estaban agotados de tanto caminar. Habían hecho algunas pausas, pues a menudo las muchachas; sobre todo Elizabeth dado su estado, necesitaban sentarse en alguna piedra para descansar. Mientras tanto, Jack intentaba reconocer el territorio con la compañía de Dean, siempre fiel.

—No creo que esta selva sea demasiado peligrosa —dijo el moreno—. Casi no se encuentran animales extraños. Además, las palmeras tienen muchísimos cocos. Si hubiese muchos

habitantes salvajes por aquí, no quedarían casi.

—Tienes toda la razón —dijo el otro—. Bueno, será mejor que sigamos —indicó, de forma que las otras dos se levantaron junto con el resto de la tripulación que los acompañaba que se habían mantenido de pie.

Pasados veinte minutos más salieron a otro claro. Y entonces observaron algo fuera de lo común. Varias casitas de madera, pequeñas, se alzaban entre la jugosa hierba matinal de aquella agotadora madera.

Se escuchaba el sonido de un río que corría cerca del lugar, desprendiendo un aroma a agua cristalina. Agua pura que bajaba de las montañas. El cielo estaba despejado. Y el número de árboles se

minimizaba en el lugar.

—¿Qué es esto? —preguntó Amy.

—¡Eso, que es eso! —Exclamó Liam, algo asustado.

Dean posó la mano en el hombro de su amigo, tranquilizándolo mientras evitaba reír en voz alta del nerviosismo del cortesano.

—Parece que tenemos visita —dijo Jack—. No estamos solos —dijo, provocando una voz como en una película de terror—. Bueno, no os preocupéis, no creo que sea nada malo. Son pequeñas casas, no puede haber mucha gente.

—En fin, comprobémoslo —Concluyó Dean.

Todos se fueron acercando lentamente hacia las casas. Cuando estuvieron casi

en la puerta de una escucharon un sonido extraño a lo lejos. Los muchachos se giraron todos a la vez hacia el lugar donde provenía aquel sonido. Todos se sorprendieron: Se trataba de una hermosa muchacha, que tendría su misma edad, de largos cabellos de un negro azabache, acompañados por una piel clara, lisa como el mismo terciopelo. Y unos grandes ojos de un color marrón miel que reflejaban el hermoso sol de la mañana. La joven chica se encontraba en el suelo, de rodillas, con un cuenco de madera entre sus manos; que al parecer contenía alguna sustancia en su interior, pues ella lo machacaba con un pequeño palo de madera, parecido a un mortero.

—Ehhmm —Jack se quedó sin habla,

sin saber que decirle. Ni siquiera estaba seguro de que ella supiese comunicarse, quizá era una indígena—. Somos... somos amigos —dijo, sintiéndose totalmente estúpido.

La chica se levantó súbitamente, mientras todos permanecían en silencio. Se acercó hasta ellos a paso lento, observándolos detenidamente, cada detalle, cada expresión. Finalmente, un gesto de sorpresa se dibujó en su tierno rostro.

—Bienvenidos a la isla —dijo, sorprendiendo a todos los demás tras tenderles la mano—. Me llamo Dana.

Todos la aceptaron con gusto, saludándola.

—¿Vives aquí tú sola...? —preguntó Dean, sorprendido.

—No. También está un chico. —
Sonrió amablemente—. Solo estamos
nosotros dos en la isla, no os
preocupéis; no somos caníbales —dijo
divertida.

Tras observar el silencio de los
demás, continuó hablando.

—Bueno ¿Quietéis sois vosotros? —
preguntó.

—Me llamo Jack. —El chico sonrió,
mientras se presentaba como un
caballero—. Soy el capitán del barco
con el que hemos llegado. Ella es
Elizabeth, mi prometida —Continuó,
señalando a la pelirroja que le tendió la
mano a Dana—. Ellos son Dean Y Amy.
También Liam. Y el resto de la
tripulación: Jack, Dickens, Marco...

—Encantada. —Dana sonrió—.

Bueno estáis en casa. Podéis comer algo si queréis, dentro de las cabañas tenemos reservas de sobra. Pronto llegará mi compañero, se ha ido al río para coger algo de agua —Explicó, amablemente.

—Gracias —Respondieron todos.

Fue una suerte que Dana, aquella muchacha que vivía casi a solas en la pequeña isla, fuese tan simpática; pues gracias a ello los muchachos comieron todo cuanto pudieron sin ningún tipo de vergüenza. La chica morena poseía algo especial que les tendía una ilimitada confianza.

—Creo que es de confianza —dijo Dean, seguro de lo que decía.

—Sí, al menos por el momento nada demuestra lo contrario. Debe sentirse

completamente sola en la isla con sólo una persona de compañía a su lado.

Y justo en aquel momento la morena muchacha irrumpió de nuevo en la pequeña choza donde el resto se encontraban comiendo.

—Hola de nuevo. —Sonrió amablemente—. Veréis, os presento a Keilan, mi compañero.

Un muchacho de grandes ojos vidriosos se asomó por la puerta. Él también parecía amable, aunque no tan abierto como la pequeña Dana. Poseía una sonrisa bastante particular e incluso su despeinado cabello caía elegantemente por su rostro como si el flequillo se tratase de una pequeña cascada.

—Encantado de conoceros. —Los

miró atentamente uno a uno—. Increíble, hacía años que no veía a ningún humano por la Isla. Es, sin duda, una gran alegría, para nosotros, teneros en el poblado.

Poco después de las presentaciones, se instaló con ellos en las afueras de la cabaña donde, todos los piratas, se habían colocado en círculo, sentados sobre la húmeda hierba del suelo, hablando tranquilamente mientras sorbían pequeños tragos del té mentolado que Dana les había preparado tras la comida. La muchacha, ahora, se encontraba haciendo algo dentro de una de las tantas cabañas que habían construido.

—¿Cómo es que vivís solos aquí? —preguntó Jack, dirigiéndose hacia

Keilan.

Éste se encogió levemente de hombros.

—Es una larguísima historia. La verdad es que cuando llegué a la Isla ella vivía aquí sola. Su historia, de cómo llegó a la Isla, es personal, así que omitiré esa parte; puesto que en todo caso es ella quien os la debe contar. —Sonrió amablemente—. La cuestión es que yo llegué aquí porque robé tres cajones repletos de botellas de Ron en la ciudad de Ahmstar. —Los demás rieron ante el carisma del muchacho—. Primero me encarcelaron, los nobles, durante dos largos años. Luego me rescataron los Piratas; los de mi barco. Yo era el hijo de una gran pirata, Robeus. Una vez me rescataron pasé dos

años en el barco. Sin embargo, uno de aquellos días nos atacó. Mataron a gran parte de la tripulación. Los pocos que sobrevivimos pasamos mucho tiempo en los calabozos de esos barcos y finalmente, me soltaron en medio del mar. Seguramente pensarán que estoy muerto; pero es obvio que no. Conseguí llegar hasta esta Isla. Al principio pensé que éste sería el final, pero entonces la encontré a ella, que ya llevaba aquí varios años viviendo. Desde entonces perfeccionamos la construcción de las chozas, conseguimos comida e incluso exploramos la Isla, conociéndola a la perfección. Y bueno, aquí estamos. No tenemos mucho más que contar.

—Interesante —Jack sonrió—. La verdad es que nosotros necesitamos

quedarnos en tierra firme un tiempo, pues mi novia está embarazada.

—Sí, había notado algo. —Keilan señaló amablemente la pequeña barriguita redondeada que asomaba bajo los ropajes de Elizabeth, quien sonrió satisfecha—. Eso no será ningún problema. Podéis quedaros aquí el tiempo que deseéis. Es más, nos haríais un gran favor si nos llevaseis con vosotros cuando embarcaseis de nuevo en el mar. Llevamos años esperando que alguien llegase a la Isla.

—Perfecto, entonces.

Jack le estrechó la mano cálidamente, mientras los demás tomaban té.

Desde el primer momento, aquellos dos náufragos; tanto Dana como Keilan, les tendieron toda su confianza, pues

tampoco tenían nada que perder.

La noche llegó rápidamente. Entre todos se repartieron las cabañas para dormir. No es que fuese una estancia de lujo, pero era lo suficientemente confortable como para vivir allí durante un limitado tiempo.

—Descansa —dijo Jack, abrazando a su pequeña pelirroja mientras ésta se tumbaba entre un lecho a base de secas, pero cómodas, ramas de árboles.

Ella sonrió, antes de darle un pequeño beso en los labios, para finalmente cerrar los ojos. Apenas tardó unos minutos en dormirse a causa del cansancio que había llevado todo aquel día. Sin embargo, Jack no podía conciliar el sueño. Hacía calor. Además, el hecho de pensar que en apenas un

tiempo iba a ser papá, provocaba que un extraño nudo se apoderase de su garganta el tiempo que un agujero se hacía hueco en su estómago. No era de frustración, sino de nervios. Deseaba, con todas sus fuerzas, ser un buen padre; a pesar de que tenía la mínima experiencia en ello.

Por eso, pasado un rato sin poder dormirse, decidió levantarse para dar una vuelta entre la oscuridad de la noche. Cuando salió de la pequeña choza respiró con avidez, llenando sus pulmones de delicioso oxígeno. Sonrió. Le agradaba aquella Isla, tenía un toque especial que a floraba sus propios encantos.

Paseó pensativo por el lugar, finalmente se adentró un poco por los

arbustos, pues sabía que tenía el control suficiente como para encontrar de nuevo el lugar de las cabañas, dado que la Isla no era demasiado grande.

Los grillos canturreaban a las estrelladas lucecillas que prendían del enigmático manto negruzco que lo cubría todo: La misma noche.

Sin embargo, cuando Jack escuchó un crujido de hojas cerca de donde él se encontraba, todos sus sentidos se alertaron. Respiró con dificultad, intentando hacer el mínimo ruido; quizá se trataba de un simple animal nocturno. Sin embargo, había una especial niebla espesa en el aire, que no tranquilizaba los instintos del joven pirata.

Se quedó quieto, mientras con la mano derecha se disponía a sacar su cuchillo

del bolsillo del pantalón. Cuando estaba a punto de lograrlo, un extraño aroma a alcohol inundó todos sus sentidos mientras el extraño olor de aquel aliento se acercaba cada vez más hacia él. Se quedó paralizado por unos instantes.

Y justo en aquel momento de silencio, una mano rodeó su cuello con fuerza, impidiéndole respirar u producir movimiento alguno. Jack intentó coger el cuchillo, pero sus brazos apenas respondían a causa del nerviosismo. Y fue entonces cuando una sigilosa voz inundó sus oídos, mientras sentía el tacto de la barba de algún hombre, cerca de su oído.

—Un, dos, tres: Juguemos en el mar...

Fue un sigiloso murmullo. Un simple susurro que inundó la noche como por

arte de magia; provocado por una tétrica voz que apenas parecía ser humana. Tras articular la última letra de aquella frase, aquel ser soltó a Jack, quien se deslizó hasta el suelo intentando respirar de nuevo. Los crujidos de las secas hojas de los árboles se perdieron de nuevo entre la Isla. Se había ido y la niebla que cubría la noche dejó de ser tan sumamente espesa.

Jack respiró unos instantes con dificultad, mientras con una mano se frotaba el dolorido cuello. Finalmente, cuando retomó el uso de la razón, se levantó de un salto dirigiéndose a toda prisa hacia las chozas que se encontraban en el centro de la Isla.

Nada parecía haber cambiado allí. Todos seguían durmiendo plácidamente

en sus respectivos lugares.

Jack abrazó fuertemente a Elizabeth, respirando algo más tranquilo tras comprobar que todo estaba bien.

Pero Si todos estaban allí ¿Quién demonios había sido el hombre que había murmurado aquella arrolladora frase? Y, para más misterio ¿Quién tendría algo que ver con su sueño para poder saber que él, Jack Rowen, conocía a la perfección aquellas famosas palabras...?

Durante el resto de la noche Jack no pudo dormir. Se dedicó a pasear por el interior de la choza donde Elizabeth dormía, para luego salir fuera, asiendo fuertemente su cuchillo, mientras miraba en los alrededores...

Sin embargo, la mañana amaneció

como si nada hubiese ocurrido la noche anterior. Mientras todos desayunaban, fuera de las chozas, sentados en la jugosa hierba salvaje que crecía en el suelo, Jack se dispuso a explicar lo ocurrido.

—Por cierto, siento interrumpir la conversación sobre la mejor madera para construir barcos, pero me gustaría preguntaros algo acerca de la Isla —dijo, dirigiéndose hacia los Dana y Keilan—. ¿Estáis seguros de que aquí no vive nadie más...?

Dana sonrió.

—Te aseguro que estamos solos —contestó—. Si viviese alguien más lo hubiésemos visto. La Isla es pequeña. Yo llevo años aquí pero jamás he descubierto siquiera un indicio de vida,

aparte de nosotros. ¿A qué viene esa pregunta? —Se interesó la muchacha, mientras sorbía el jugo de un coco.

Jack se movió algo incómodo.

—Ayer había aquí alguien más. Por la noche salí para dar una vuelta, puesto que no podía dormir. No sé por qué, pero alguien me atacó; no me hizo nada grave. Sé que era una persona, me habló.

—Eso es imposible —Corroboró Keilan, arqueando las cejas.

—Si se supone que tienes razón ¿Qué es lo que dijo esa persona?

El muchacho se tomó su tiempo para contestar.

—Sólo murmuró ésta frase: Un, dos, tres; juguemos en el mar...

Elizabeth apenas podía asimilar lo que aquello significaba; pues Dana se

había atragantado con el jugo de coco, por lo que ella estaba dándole pequeñas palmaditas en la espalda. Jack se levantó entonces del suelo, alegando que iba a recorrer un poco la Isla. Pero al parecer, sólo Elizabeth advirtió la penetrante mirada que Dana le dirigió al pirata cuando éste comenzó a caminar.

—No vayas. El cielo tiene pinta de que va a llover mira esas nubes.

—Esas nubes están lejos de aquí, si llueve será dentro de horas —dijo Jack, testarudo.

—Bueno igualmente no puedes irte. Tenemos que arreglar las chozas; tú también participas en ello puesto que las utilizas.

—¿Arreglar las chozas...? —preguntó Keilan curioso. Pero sus palabras se

sumieron en un profundo silencio cuando Dana le dio un pequeño codazo casi imperceptible.

Finalmente, Jack, algo fastidiado, volvió de nuevo hacia donde todos se encontraban sentándose en su lugar, mientras Elizabeth se mordía el labio entre pensativa y nerviosa.

Tras el matinal desayuno todos se dispusieron a arreglar las tiendas, tal como Dana había indicado. En uno de aquellos momentos, cuando el medio día se acercaba entre el potente sol de las horas, Elizabeth se acercó hacia la muchacha.

—Tengo que ir a por agua. —Le dijo —. Quiero tener una pequeña jarra en la choza para la noche. —Sonrió amablemente mientras se sacudía el

pelirrojo cabello felizmente—. ¿Me acompañas...? No sé demasiado bien donde está el arroyo.

Dana sonrió amablemente.

—Por supuesto. Dame, yo llevaré la jarra, no es bueno que cargues con cosas pesadas —dijo, cogiendo la jarra de barro.

Juntas comenzaron a caminar hacia la laguna, internándose en la selva mientras los demás continuaban arreglando las chozas u haciendo la comida para horas después.

Finalmente llegaron a la hermosa laguna que se encontraba camuflada entre los frondosos árboles de la Isla. Mientras Dana comenzó a inclinarse, para llenar la pequeña jarra de agua, Elizabeth se propuso averiguar las

preguntas que, en las últimas horas, habían rodado incesantes por su mente. Desde un primer momento su instinto había notado algo extraño.

—No sé —dijo la pelirroja—. A veces te miro Y siento que te conozco de algo.

Dana alzó la cabeza, nerviosa, evitando la mirada de la otra.

—Lo dudo mucho —contestó—. Llevo años en esta Isla.

—Lo sé —Elizabeth se sentó en la húmeda hierba del claro del bosque—. Por cierto ¿Cómo llegaste hasta aquí? —preguntó, repleta de curiosidad.

—Es una historia demasiado larga como para ser contada.

—Ajá —Elizabeth sonrió abiertamente—. Bueno, no importa.

—Sí. En fin, será mejor que volvamos al poblado, ya tenemos el agua que necesitabas.

—Sí, tienes razón. —Elizabeth miró a su alrededor soñadora, respirando con vitalidad—. Por cierto, ¿no crees que ésta Isla es verdaderamente encantadora, Eveline...?

Inmediatamente, como por arte reflejo, tras la última palabra pronunciada por la pelirroja, los penetrantes ojos de Dana chocaron contra los de ella, como si con una simple mirada pudiese clavarle cien mil cuchillos en su interior. Fue como si un vaso de agua acabase de romperse de golpe, deslizándose hacia el sueño. Como si los cien mil añicos del cristal se hubiesen esparcido provocando un

ruido agudo seguido de un penetrante silencio que lo envolvió todo.

Eveline respiró entrecortadamente, mientras Elizabeth la miraba fijamente, sin apartar la vista de la morena.

—Lo sabía —Susurró la pelirroja por lo bajo, satisfecha a causa de la precipitada reacción de Eveline.

—No vuelvas a repetir ese nombre —dijo la otra, secamente—. Prométemelo, Elizabeth —Le pidió, temerosa.

La pelirroja dudó unos instantes.

—Quiero saber la historia. Quiero saber que conexión mantienes conmigo. Necesito saber por qué llevo dos años soñando contigo —explicó Elizabeth—. Yo guardaré tu secreto, pero tú resolverás mis dudas.

Eveline suspiró melancólica.

—Lo prometo, te contaré toda la verdad. Pero no dejes que Jack se entere. No aún. Necesito un poco más de tiempo.

—Está bien. Trato hecho.

La pelirroja se acercó hacia Dana para estrechar levemente su mano.

Poco después las dos se sentaron de nuevo sobre la verde hierba de aquel claro. Eveline respiró entrecortadamente varios instantes antes de comenzar a relatar su historia: La verdadera historia que había unido al pirata con la Princesa.

» Mabel se casó con León cuando ella apenas tenía veintitrés años. Él era un apuesto pirata que surcaba los mares del atlántico sin temor alguno. Ella era una simpática camarera, de un pequeño Bar

de Isla Tortuga, justo donde ambos se conocieron.

Desde el primer momento que la vio, León se enamoró profundamente de ella y supo que jamás podría amar a ninguna otra mujer. Por ello, cuando se casaron, Mabel dejó de trabajar en la taberna para embarcarse con él en un conocido barco pirata.

Poco tiempo después de la boda, ella se quedó embarazada. Y tras nueve meses nacieron dos hermosos mellizos: Jack y yo.

Desde el primer momento estuvimos unidos como verdaderos hermanos. Lo compartimos todo: Nuestros primeros pasos, las primeras palabras, risas, llantos, malos y buenos momentos. Siempre vivimos en el barco, con

nuestros padres. Sin embargo, una terrorífica noche de invierno, cuando Jack apenas tenía cuatro años, se cayó del barco en plena tormenta. Lo buscamos todo lo que pudimos, pero no logramos encontrarlo y lo dimos por muerto, aunque había algo en mi interior, que me decía que mi hermano estaba vivo. Sentía su presencia en todo instante. Sin embargo, mi madre enfermó a causa de la gran tristeza que supuso para ella perder a uno de sus dos hijos. Mabel murió pocos meses después. Y a partir de ese mismo instante, León Rowen se volvió completamente loco...

Su mente se llenó de rencor, odio y lastre hacia el mundo. Rechazaba cualquier tipo de sentimiento u ilusión. Sin embargo, tiempo después, cuando yo

apenas tenía cinco años, conoció a una mujer en una de las Islas donde desembarcamos: Ella se llamaba Sarah. Durante toda su vida había estado limitada por los contornos de palacio, se trataba de una conocida duquesa que estaba casada con el rey de aquella Isla. Anclada en sus propias frustraciones, por no haber podido cumplir ni uno de todos sus sueños juveniles, encontró en León la esperanza de libertad que siempre había deseado; por eso, a pesar de adorar a su pequeña hija, huyó con él; prometiendo que años después volvería para llevársela consigo.

Mientras mi padre iba albergando más odio en su interior; yo desarrollé una amistad con Sarah, que era una amable mujer que me trataba como a su propia

hija, anhelando tener en sus brazos a la suya propia. Con el tiempo, Sarah fue dándose cuenta de los verdaderos problemas que tenía León; pero cuando lo hizo ya era tarde, pues no podía regresar a tierra firme, ni tampoco era capaz de abandonarme, como ya lo hizo una primera vez contigo Elizabeth...

Pero el verdadero suceso ocurrió una cálida mañana de verano, mientras yo jugueteaba por el barco, agarrando fuertemente el osito que mi hermano me había regalado años atrás...

Eveline le relató el resto de la historia a Elizabeth, detalladamente. Y, cuando acabó de contar todo lo sucedido, la pelirroja incluso sintió que

le faltaba aire para respirar. Todo era demasiado macabro. Y ahora él había vuelto. Había regresado con sed de venganza. Con ambición hacia el mismo odio, repleto de rencor hacia el mundo.

Sin embargo, algo dentro de Elizabeth, le indicaba que, más que miedo, lo que tenía que sentir hacia él era lástima. Lástima porque el mundo le había arrebatado lo que más amaba. Lástima por como la vida se había comportado con él, aunque ello no justificase en absoluto sus actos. Ahora, la pelirroja, no podía evitar sentir una gran admiración por el fuerte coraje que Eveline había poseído durante todos aquellos años; por lo cual, ella prometió guardar el secreto hasta que llegase la hora.

Pero no tendría que ser por demasiado tiempo, pues la hora de la verdad estaba cerca...

Mientras tanto, en las chozas todo continuaba como siempre. Jack se mostraba algo nervioso: aún no había conseguido olvidar la seseante voz que había escuchado la noche anterior, por mucho que todos se propusiesen en hacerle creer que sólo había sido un sueño o su simple imaginación. Liam, por su parte, callado pero cauteloso, había aprendido muchísimo en los últimos meses. Algo dentro de él había cambiado: Porque cuando sólo tú dependes de su propia supervivencia, quizá el ego se queda un poco atrás.

Dean había recuperado la única familia que le quedaba en su vida: Jack,

ese amigo que siempre había estado a su lado en las buenas o en las malas. En los últimos días se había arrepentido muchísimo del comportamiento que había tenido con Patrick; sin embargo, algo en su interior le indicaba que él estaba allí velando por la seguridad de su amada. Y que, al verla feliz, el mismo Patrick se sentiría feliz. Por ello, Dean no se separaba ni un solo instante de su prometida, Amy, protegiéndola con su vida si así fuese necesario. Y sintiendo que la amaba más que nunca.

A decir verdad, todos los componentes de la Isla que ni siquiera se avecinaban a averiguar la verdad, parecían encontrarse en calma, tranquilos, sin problemas...

Keilan era un muchacho sereno, pero

simpático. Tenía unas carismáticas facciones alegres que recompensaban su seca forma de hablar. Se había integrado sin problemas entre los nuevos individuos de la Isla, contento por tener a alguien más. Además, llegar a esa Isla no había sido una desgracia para él: Gracias a ello había conocido a la mujer de su vida. Dana era todo lo que él siempre había deseado: Una muchacha amistosa, de confianza, con paciencia, serenidad, simpatía. Ella lo era todo para él. Sin embargo, hasta el momento, jamás se había atrevido siquiera a confesarle sus verdaderos sentimientos; pues temía ser rechazado. Pero algo dentro de él estaba florando: La impulsividad, el reto, el desliz de decirle finalmente todo lo que había

guardado durante tanto tiempo.

—Muchachos, es hora de comer —
anunció Amy, mientras probaba con una
cuchara de madera la sopa de ajo.

—Yo saco los cacharros —dijo Dean,
refiriéndose a los cuencos de barro y
madera que habían ido haciendo.

Poco después cada uno cogió su
cuenco correspondiente, mientras todos
se sentaban sobre la fina hierba del
suelo que crecía débilmente, de forma
esponjosa. Se sonrieron mientras
comenzaban a comer...

Mientras tanto, en un lejano lugar, dos
amantes, acompañados por numerosos
marineros, se disponían a abandonar el

puerto en busca de su querida hija.

—Esto es una locura —dijo Marcus, cuando el barco comenzó a alejarse de la costa.

Sarah sonrió amable, mientras le abrazaba por detrás con delicadeza.

—Yo haría cualquier locura por recuperar a mi hija —Le dijo ella, sonriente—. Cuéntame algo de la pequeña Elizabeth, por favor —Le rogó mientras sentía como se le humedecían los ojos.

Marcus sintió un pequeño cosquilleo al notar como los brazos de su esposa, esa que le había abandonado años atrás, lo abrazaba con cariño. Sin embargo, se dispuso a hablar...

—Para empezar ya no es tan pequeña —Sonrió, sin poder evitarlo—. Es una

hermosa muchacha de largos cabellos pelirrojos, con unos grandes ojos almendrados. Le encantan los jardines, las formas que adoptan las nubes, las historias de Piratas —Sintió como se le quebraba la voz.

—La encontraremos, seguro que sí.

Y Sarah lo decía con plena confianza en sí misma. Sentía algo en su interior, un estrecho lazo que la unía con su propia hija, cual le indicaba que iban por el buen camino. Cerró los ojos, deleitándose con el aroma del mar de nuevo...

—Por el Norte, debemos ir hacia el Norte —dijo, segura de lo que decía. Lo sentía también a él. Él estaba cerca. Y ella temía que algo pudiese pasarle a su pequeña.

—¡Rumbo al Norte, muchachos! —
Ordenó el rey Marcus instantes después
—. ¡Bajar a pro, alzar las velas!

Capítulo 17

No había sido difícil darse cuenta de que la pequeña Dana escondía un profundo secreto en lo más hondo de su corazón. Por ello Elizabeth, gracias a su gran instinto, pronto había atado todos los cabos del asunto.

Para empezar, ella había notado como Eveline miraba a Jack, su hermano, de una forma especial. Y si, desde el primer momento no lo hubiese conocido de nada ¿Por qué lo miraba así...? ¿Por qué se fijaba en cada uno de sus actos? En segundo lugar, y aunque Eveline no se había dado cuenta de ello Elizabeth había visto el pequeño tatuaje, en forma de calavera, que marcaba a la familia

Rowen, sobre el brazo de la morena cuando ésta se había agachado para coger agua. Y, como tercer punto importante, entre otros muchos, había notado el nerviosismo de Eveline cuando Jack pronunció la frase: "*Un, dos, tres Jugüemos en el mar.*"

Sin embargo, estaba decidida a guardar el secreto.

—No está mal la sopa —dijo Liam—. ¿De dónde habéis sacado los ajos?

—Crecen en la Isla, en parte baja —contestó Keilan—. Son naturales. Igual que el coco, los dátiles, las plantas de menta, la manzanilla Y todo lo demás.

—Algo bueno tenía que tener éste abandonado islote, en medio del océano —Reprochó Dana, más Jack le cortó en seco.

—Te equivocas, esta Isla no está abandonada, aquí vive gente o hay alguien; te lo aseguro —Repitió, sereno. Dana se encogió de hombros fugazmente intentando que su hermano se olvidase del tema.

Tras comer, tomaron un poco el té. Más tarde, Elizabeth decidió irse a dormir un rato la siesta; estaba verdaderamente agotada, pues había sido una asfixiante mañana. Además, cuando se quedaba delante del demás, pensativa, delataba su verdadero nerviosismo. Necesitaba alejarse de Jack para que éste no se diese cuenta, por el momento, de todo lo que estaba ocurriendo.

—Hasta dentro de un rato, cariño — Le dijo, besando la frente de Jack

dulcemente. Poco después se introdujo en una de las cabañas.

La pelirroja buscó a tientas las mantas, arropándose con ellas sin siquiera colocarlas bien sobre el acolchado suelo donde ella dormía.

Sin embargo, aún no había conciliado el sueño cuando Jack entró en la choza, tumbándose a su lado. El pirata se dedicó a observarla entre un profundo silencio: detallando sus pómulos, la tersa piel que recorría su rostro, las largas pestañas, los esponjosos labios...

La amaba. Tanto a ella como al pequeño ser que cobijaba en su vientre. Sentía que había llegado hasta un punto finito de su vida. Un punto donde todo su alrededor era perfecto. E, incluso, el hecho de estar cerca de ella provocaba

que todo su alrededor dejase de cobrar la mínima importancia.

Pocas horas después la pelirroja despertó de su larga siesta. Sonrió cuando observó cómo Jack dormía plácidamente a su lado. Y apartó, despacio, el brazo que él había colocado cariñosamente alrededor de su cintura. Instantes después salió de la choza. Fue una suerte encontrarse a Eveline fuera, que se encargaba de encender un fuego en medio, pues comenzaba a anochecer.

—¿Has dormido bien? —Le preguntó la morena, optimista.

—Sí, gracias. —Elizabeth sonrió.

—Ésta noche cenaremos conejo asado. Keilan se ha ido a cazar con Liam, así que seguro que conseguirán

traer algo—. Eveline consiguió hacer una buena fogata, poco después se sentó encima de una piedra.

Desde allí se podía observar fácilmente como la luna comenzaba a salir de su escondite, alzándose entre el horizonte, mientras el anaranjado sol del atardecer se escondía tímidamente entre las rocosas montañas.

—Algún día tendrás que decírselo — dijo la pelirroja, mientras miraba el paisaje—. Y no creo que te quede demasiado tiempo. Cuanto más tardemos en hacero, más peligro corremos todos —Explicó.

Eveline suspiró pausadamente.

—Lo sé. —Se apartó algunos mechones morenos que se escurrían por su rostro—. Pero en parte tengo miedo.

Me gustaría solucionar todo esto sin que él se diese cuenta de nada. Yo sé lo que él quiere, nos quiere a nosotros. Quizá, sólo quizá pueda persuadirlo. No quiero que ocurra nada por mi culpa, pero al mismo tiempo, he de reconocer que soy impotente ante el caso. Poco puedo hacer e, igualmente, vuelvo a reconocértelo: Tengo miedo. Miedo hacia todo. No quiero pasar lo mismo por lo que ya pasé años atrás.

—Lo entiendo —Elizabeth suspiró—. Sin embargo ¿Qué podemos hacer?

—Hace apenas unas horas que me he enterado de todo esto. Creo que lo mejor sería que hablase con Jack mañana, a primera hora de la mañana —Aceptó Eveline, sensata.

—¿Me lo prometes...?

La morena sonrió, mientras posaba su tersa mano sobre la de la pelirroja.

—Te lo juro, Elizabeth. Mañana lo haré —Prometió, amablemente.

La pelirroja le dirigió una cariñosa mirada. No sabía exactamente el porqué, quizá por la historia contada, o por el tiempo que llevaba soñando con ella, pero sentía un profundo cariño por Eveline, unido hacia una única conexión imposible de explicar con meras palabras.

El resto de la tarde pasó a una velocidad trepidante. Keilan llegó, junto con Liam, con dos grandes conejos en sus manos. Las muchachas, cuando Amy despertó de su siesta, comenzaron a limpiarlos para cocinarlos. Mientras tanto los chicos pusieron la escasa mesa,

mientras algunos hablaban y, Dean, por ejemplo, se encargaba de moler algo de tomillo como especias para la cena.

—Ya casi está. —Amy sonrió. Pocas veces en su vida se había encargado de cocinar. Y, para sorpresa de la chica, aquello le agradaba.

Pusieron los conejos limpios en una gran cazuela de barro que poco después colocaron sobre la fogata prendida por Eveline. Añadieron agua, especias, algunas plantas para darle sabor, ajos Y todo lo que encontraron para poder deleitarse con una espléndida cena.

Apenas unas horas después la noche se deslizó sobre el cielo de la isla como una pequeña serpiente seseante. Un bello manto de un azul marino se extendió cubriendo el ambiente, al tiempo que

pequeñas estrellas que producían una escasa luz, aparecieron junto con luciérnagas, acompañadas por los grillos de la isla, que le cantaban a la noche.

Los compañeros, alegres como nunca, cenaron degustando la exquisitez de aquella inusual cena. A pesar del nerviosismo que invadía a Eveline tanto como a Elizabeth, ambas se olvidaron de todo aquello mientras Liam se encargaba de contar numerosos chistes o cuando Dean relataba, de nuevo, la historia de cómo él había conocido a su futura prometida, Amy.

Por ello el tiempo voló. Apenas se dieron cuenta cuando habían terminado de cenar.

—Prepararé un poco de té mentolado

como postre —dijo Eveline rápidamente.

Elizabeth se levantó, excusándose.

—Perdonad. Me lo estoy pasando genial, pero me siento un poco cansada. Yo me iré a descansar a la choza. — Sonrió, para tranquilizarles—. Buenas noches a todos. Y hasta mañana, cariño —dijo, dándole un pequeño beso a Jack en los labios. Éste sonrió maravillado por aquel exquisito contacto mágico.

Elizabeth se dirigió hacia la choza. Entró en ella. Poco después apartó levemente las mantas para cobijarse en el interior. Verdaderamente sí estaba cansada, a pesar de haber dormido siesta, por ello, en apenas unos minutos, quedó rendida ante un profundo sueño.

Mientras tanto los demás, charlaban,

hasta que Eveline terminó de hacer el té.

—Esto ya está. Aquí hace bastante frío, podríamos tomárnoslo dentro — dijo, tiritando a causa de la humedad de la noche.

—Es verdad ¡Qué frío hace! —Se quejó la rubia, abrazándose a Dean. — Mejor entremos en mi choza, que queda mucho espacio. Podemos sentarnos en el suelo para tomárnoslo ahí.

Los demás asintieron agradecidos. Uno tras otro penetraron en la tienda, sentándose sobre los almohadones de viejas telas rellenas de algodón que Eveline había ido haciendo con el paso de los años. Una vez estuvieron dentro se colocaron en un círculo, sorbiendo sus tazas de té, mientras charlaban, intentando no hacer demasiado ruido,

animadamente.

Un pequeño, pero audible grito se escuchó en el corazón de la Isla.

—¿Qué ha sido eso...? —preguntó Jack, rápidamente.

Acto seguido se levantó del suelo de la choza, donde había estado tomando té. Seguido por Eveline, junto con los demás atrás, se dirigió hacia la pequeña casita donde Elizabeth se encontraba descansando. Abrió la puerta de golpe.

—¡Elizabeth! ¡Elizabeth, cariño! — Chilló. Más su voz se entrecortó. Se giró de golpe, chocando contra la preocupada mirada de la morena—. ¡Aquí no está...! ¿Dónde demonios está Elizabeth...? ¡No puede ser, se la han llevado!

Inmediatamente, tras las palabras del

pirata, todos comenzaron a preocuparse.

—Vale, no podemos perder el tiempo —dijo rápidamente Eveline, cuando todos se encontraban fuera de las chozas, entre la maleza—. Nos separaremos para ir a buscarla. La Isla no es demasiado grande, gritad alto o dar un disparo cuando algo ocurra, para guiarnos por el sonido —dijo, intentando hablar todo lo rápido posible—. Dean, ve con Amy. Keilan, acompaña a Liam —dijo a toda velocidad, sin pensarlo siquiera—. Jack, tú vendrás conmigo. Debemos darnos prisa.

—¿Pero qué demonios está ocurriendo...? —preguntó Dean, sorprendido.

Keilan corroboró las palabras de éste.

—Elizabeth habrá salido a dar un paseo o algo. ¡Aquí nunca ha habido nadie!

—¡Ahora sí! ¡Haced lo que os digo por favor...! Y tened mucho cuidado — dijo, temerosa.

Poco después cada uno se dispersó hacia un lado. Ella comenzó a caminar sigilosamente entre los frondosos árboles de la Isla, mientras Jack la seguía, hecho un mar de preocupaciones, a paso rápido.

—¿Hacia dónde nos dirigimos, Dana...? —preguntó.

—Vamos hacia la costa —contestó la morena—. No te preocupes por nada, te prometo que, cueste lo que cueste la encontraremos.

Jack frunció el entrecejo contrariado

unos instantes. Por una parte ¿Cómo estaba tan segura Dana de que había alguien más en la Isla? Keilan ni siquiera había pensado en ello ni un solo instante. Y le parecía extraño, que una muchacha a la que apenas conocía de unos días, creyese tanto en sus palabras. En lo que él dijo sobre la noche anterior, cuando sintió aquella penetrante frase en su interior, aquella voz de hombre, aquel aliento repleto de alcohol; lo recordaba todo tan detalladamente bien...

Sin embargo, a pesar de lo extraño que le parecía la reacción de la morena, había algo en el interior de la muchacha que llenaba de confianza su propio corazón. Era como si de una conexión más allá de lo normal, hubiese unido sus caminos sin apenas premeditarlo. Y, por

esa extraña sensación, aquella noche, por enigmáticas que le pareciesen sus reacciones, él hubiese seguido a Dana hasta el mismísimo horizonte si ella se lo pidiese. Porque a menudo existen cosas inexplicables. Cosas que superan la lógica e incluso la razón humana. Sensaciones indescriptibles.

Mientras tanto, los demás seguían otra ruta, por la parte norte de la Isla.

—¿Qué está ocurriendo, Dean...? — preguntó Amy asustada, entre la oscuridad de la noche mientras se abrazaba a su amante.

—No lo sé con seguridad — respondió él—. Pero parece ser que alguien más está en la Isla, aparte de nosotros. Y ese alguien ha secuestrado a Elizabeth. No me hagas demasiado caso,

en un primer momento son todas suposiciones. Dana no ha dicho nada en claro. Pero, sea por lo que sea, debemos encontrarla.

Jack continuaba caminando siguiendo los ágiles pasos de Dana. Hacía un terrible frío. El viento soplaba más fuerte de lo normal, provocando que las hojas de los árboles se agitasen a causa de éste. Los grillos canturreaban e incluso las luciérnagas guiaban su camino. Pero nada de eso podía apaciguar el nerviosismo y la preocupación del valiente pirata. Su corazón latía a una velocidad verdaderamente trepidante. Tenía miedo: Miedo por cualquier cosa mala que pudiese pasarle a Elizabeth o a su futuro bebé.

Mientras tanto, en un lugar algo más lejano, un barco surcaba las aguas rápidamente. Ella sentía la maldad en el interior de su alma.

—Estamos cerca, mi amor —Gimió Sarah, abrazándose a Marcus, mientras hablaba con las mismísimas estrellas—. Ya vamos a por ti, aguanta cariño, por favor —Susurraba, mientras la distorsionada imagen de Elizabeth, su hija, aparecía en su mente.

—Mira, allí veo tierra firme, mi rey —dijo uno de los marineros de la corte, que se encontraban en el barco.

—¡Es allí! ¡Diríjense hacia allí, por favor...!

—Pero, Sarah ¿Cómo sabes dónde...?

—preguntó Marcus, algo confuso.

—No lo sé, cariño, no lo sé —Le susurró—. Pero confía en mí, por favor.

Marcus agachó la cabeza lentamente, dando la orden para que el barco se dirigiese hacia la Isla. Si el viento seguía soplando a su favor tan sólo tardarían una hora en llegar, puesto que luego necesitarían llegar hasta la orilla remando en pequeñas barcas; ya que el buque no podía encallar cerca de la costa.

En la Isla todo seguía igual. El sonido de la noche invadía sus sentidos. Pero Eveline parecía más segura de sí misma

que en mucho tiempo. Había llegado la hora, la hora de la venganza, de descargar la frustración de tantos años de ignorancia. La hora de ajustar cuentas, de anudar los cabos que había dejado sueltos a lo largo de su vida. Y debía enfrentarse. Tenía que dejar el miedo a un lado para sacar la valentía hacia el frente, tal como su propio hermano hacía. Y le admiraba. Estaba orgullosa del hecho de ser la hermana de aquel tan grande pirata, que era capaz de arriesgar cien mil veces su propia vida por salvar a su hijo junto con el amor de su vida.

—Ya estamos cerca. Llegaremos enseguida. —La morena suspiró—. No sé por qué, pero algo me dice que allí los encontraremos. Igualmente, no hemos

escuchado ningún aviso de los demás.

Jack asintió torpemente. Y justo en ese momento, pequeñas gotitas de agua comenzaron a salpicar con delicadeza sus rostros. Poco a poco, la lluvia de la selva fue cogiendo ritmo, aumentando de velocidad e incluso empapando el suelo, que ahora se encontraba repleto de barro.

—Justo lo que faltaba. —Gimió el pirata, molesto, mientras miraba hacia el cielo.

—No tenemos tiempo para protestas —Reprochó Eveline, mientras continuaba caminando, con las ropas empapadas al igual que su largo cabello.

Para sorpresa de Jack apenas tuvo tiempo para decir nada más. Pues en apenas unos instantes, entre la lluvia e

iluminación titilante de la noche, llegaron hasta la costa.

Al principio un silencio lo invadió todo. Eveline miró alrededor tímidamente, junto con algo de nerviosismo. No parecía haber nada extraño en la costa: Quizá el instinto de la morena había fallado aquella vez. Jack se inclinó un poco más, para observar mejor el lugar. Inmediatamente, cuando él salió algo al exterior, una antorcha de fuego se encendió a la velocidad de la luz. Y apenas unos segundos después, Jack alzó su pistola dando un único disparo al cielo, impregnando el olor de un intenso olor a pólvora.

El joven muchacho apenas podía creer lo que sus ojos observaban.

Elizabeth, su amada Elizabeth, se encontraba atada en un palo con forma de cruz, justo encima de muchísimas ramas de viejos árboles o plantas secas. A su lado, un pirata que a Jack le era realmente conocido, se encontraba con una antorcha de fuego en la mano.

—¡No lo hagas! —Chilló Jack, cuando inquirió sus intenciones.

¡Cielo santo! ¿Pretendían quemar a Elizabeth en aquella hoguera...? ¡Estaba embarazada, era su novia, su amor, su vida...! Tenía que impedirlo como fuese. Pero ¿Por qué? ¿Por qué alguien querría hacerle eso?

Mientras los otros dos se encontraban paralizados; el resto de sus amigos, que habían escuchado el potente disparo de Jack, se dirigían hacia allí corriendo

como podían, guiándose a base de sus instintos y del sentido del oído. Preparados para luchar, al lado de su capitán, frente a lo que fuese aquello que les esperaba.

La respiración de la pequeña Eveline se cortó inmediatamente cuando un hombre, de barba áspera y penetrantes facciones, dio un paso adelante, mostrándose ante los ojos de los dos compañeros. Jack ladeó la cabeza, intentando identificar al hombre, cosa que no consiguió. Lo que sí hizo fue darse cuenta de quién era el individuo que se encargaba de sujetar fuertemente la antorcha.

—¡Owen! —Gritó, fuera de control.

El otro, al escuchar su nombre, hizo una irónica inclinación, mientras sonreía

maliciosamente.

—Así suelen llamarme mis conocidos
—respondió, malévolamente.

Jack sintió que se cortaba el habla.

Mientras tanto Eveline se encontraba a su lado, aterrorizada, temblando, mientras aquel hombre avanzaba cada vez más, situándose frente a ellos, quienes se habían acercado levemente hacia la pelirroja, cual se encontraba atada de pies y brazos, junto con un trapo que habían introducido en su boca, impidiendo que hablase.

De nuevo la mente de Jack quedó en blanco.

Esa voz, esa seseante voz taladrando su cerebro...

—Buenas noches —dijo aquel hombre, cual parecía ser el capitán de la

tripulación de aquellos Piratas—. Encantado de volver a veros a los dos.

Jack arqueó una ceja, mientras Eveline tragaba saliva.

—¿De qué demonios está hablando éste tipo? —preguntó, el muchacho contrariado. Entonces se dirigió hacia el hombre, quien no superaría los cincuenta años de edad, aunque sus facciones estaban totalmente desgastadas por el tiempo y el odio—. ¿Quién demonios eres tú?

Él rio secamente, inundando el aire de un penetrante olor a alcohol.

—Impresionante. ¿Acaso no me reconoces, pequeño Jack...? —Susurró.

El joven frunció de nuevo el ceño, sorprendido.

Aquel hombre no le sonaba en lo más

mínimo.

—Lo único que recuerdo de ti es que te conocí ayer por la noche, cuando estaba paseando.

El otro volvió a reír secamente de nuevo.

—Vaya, vaya —Se dirigió hacia Eveline, mientras su rostro se crispaba de odio—. Veo que no le has querido contar nada, buena chica, buena chica — Repitió.

—¡Estás loco! —Chilló Eveline, armándose de valor.

El hombre pareció omitir el comentario de la chica.

—Te diré, pequeño Jack, que tenemos mucho más en común de lo que tú piensas. —Sonrió malévolamente—. Me sorprende que no me recuerdes. Quizá

tenga que limpiar un poco tú escasa memoria...

El extraño pirata carraspeó varias veces antes de comenzar de nuevo a hablar:

—Por desgracia, el destino me tendió a dos inhumanos hijos que se encargaron de destruir mi vida lentamente Yo, antes de que todo eso sucediese era feliz, era un hombre brillante, uno de los mejores Piratas de todo el mar Atlántico — Suspiró—. Sin embargo, vosotros me arrebatasteis lo que más amaba. Me la quitasteis descabelladamente como dos verdaderos cobardes. Tú, y sólo tú, Jack, fuiste el primer culpable de ello.

—¿De qué demonios estás hablando? —preguntó el muchacho, agitado por no entender nada demasiado bien.

Se encontraba totalmente indefenso. Sabía que no podía disparar a nadie de los que allí se encontraban, porque si lo hacía Owen dejaría que aquella horripilante antorcha se deslizase entre sus dedos, de modo que no podría salvar a su amada de una infernal muerte. Y, al mismo tiempo, una extraña curiosidad embargaba todo su ser. Deseaba, por alguna enigmática razón, saber el porqué.

¿Qué demonios tenía ese hombre que ver con su vida...?

—Creo que no estás entendiendo bien las cosas. —El hombre rio sarcástico—. No me sorprende. Quizá si tú hermana te hubiese hablado antes de esto, la situación por la que ahora pasas podría haberse evitado, sin embargo...

—¿Hermana...? —preguntó Jack, murmurando débilmente las palabras.

Sin embargo, como por instinto, mientras Eveline temblaba, poco a poco su rostro fue girando, hasta que finalmente sus grises ojos chocaron contra los castaños de la morena.

—Lo siento —dijo ésta, débilmente, mientras pequeñas lágrimas se deslizaban por su rostro.

Jack quiso contestar ante las melancólicas palabras de su hermana: Abrió la boca, pero ninguna palabra salió de sus labios, tenía la mente completamente en blanco a causa de la sorpresa que menos había esperado en aquellos instantes.

—Sorprendido, ¿verdad...? —dijo el hombre, interrumpiendo el contacto de

miradas que Jack había interpuesto con Eveline—. La vida es así, siempre surgen cosas que no esperas, no te culpo por tu ignorancia, pequeño —dijo, irónico.

—¿Tú... tú...? —Titubeó Jack, dirigiéndose hacia él.

—Sí. Yo —Rio, sin terminar la frase.

—Es papá —dijo Eveline, sacando de dudas.

Y un pequeño escalofrío recorrió el cuerpo de los dos hermanos.

Sin embargo, justo en ese momento, llegó Keilan, acompañado de Liam, que lo primero que hizo fue abrazar a Eveline, quien, algo asustada, temblaba bajo su cuerpo. Y en apenas unos instantes después apareció Amy cogida de la mano de su amado Dean.

—¡Elizabeth! —Gimió la rubia, cuando observó donde se encontraba la pelirroja.

—¿Qué demonios...? —Empezó Dean.

Sin embargo, el hombre continuó hablando interrumpiendo sus palabras.

—Pero prefiero que me llames León. El nombre de *papá* no acaba de complacerme...

—¿Qué es lo que quieres...? —preguntó Eveline, asustada.

—Lo mismo que tú querías, pequeña. Acabar con vuestras vidas igual que tú acabaste con la mía y la de tú madre.

—¡Yo nunca hice eso! —Chilló, mientras pequeñas lágrimas se escurrían por sus mejillas. Para sorpresa de la morena una mano familiar acogió la suya

con cariño, apretándosela con fuerza. Jack sintió el tacto de su hermana mientras su corazón latía a una velocidad trepidante.

Eveline pareció sacar fuerzas de ello.

—¡Estás mintiendo! Yo no maté a mamá. Ella enfermó. No tuve la culpa. Yo tampoco quería que muriese.

—Claro que tuviste la culpa —dijo León, con los ojos repletos de ira—. Tú, y el estúpido de tu hermano ¡Maldita sea el día en que caíste por la borda del barco! Si no hubieses caído tu madre no hubiese enfermado—. Aulló, fuera de sí.

Las pupilas de Eveline se dilataron.

—¿Qué...? ¡Tú, tú estás completamente fuera de control estás loco! —Gimió—. ¡No puede ser que de verdad creas todo eso! Has montado una

mentira en tu mente.

León rio, como si estuviese verdaderamente loco.

—¿Qué queríais que hiciese? —
Sonrió—. ¡Mabel era sólo mía, sólo
mía! Vosotros ocupabais todo su tiempo
Vosotros me la robasteis desde el primer
día en que nacisteis. Recuerda, Eveline,
tu caso no fue una coincidencia,
recuerda pequeña bruja...

Eveline cerró los ojos con fuerza,
mientras apretaba la mano de su
hermano.

*Una pequeña muchacha cogía a su
oso con cariño, mientras pensaba en lo
mucho que echaba de menos a su
hermano, a su madre, a todos los seres
queridos que siempre había amado. Sin*

embargo, dejó de pensar en todo eso cuando un conocido hombre apareció en la cubierta del barco. El capitán de allí, León, su padre. Ella sonrió. Sabía lo que le ocurría, alguien la había prevenido a tiempo, pero a veces el instinto puede fallar.

—Buenos días, pequeña. —Le dio un débil, casi efímero, beso en la mejilla.

Sonriente. Demasiado sonriente.

—Hola, papá —Abrazó su oso con cariño—. ¿Juegas conmigo? Ella está durmiendo.

—Aja —Sonrió—. Está bien, hija—. Jugaremos a un juego, tienes que intentar esconderte. Yo contaré hasta tres antes de salir a tu búsqueda. —La miró, como si de cien mil cuchillos se tratasen aquellas malévolas pupilas.

La pequeña niña de apenas siete años rio, mientras corría por la cubierta del barco para esconderse. Le encantaba jugar.

—Un, dos, tres: Juguemos en el mar
—Susurró la escalofriante voz de León,
antes de salir en busca de su hija.

Recorrió con la mirada la cubierta del barco, hasta que observó el ondulado cabello moreno de la chica que se agitaba con el viento de la popa. Rápidamente se dirigió hacia allí, ella intentó correr para que no la atrapase y ganase el juego, sin embargo, cuando llegó hasta una de las barandillas del barco no pudo avanzar más. Su padre la acorraló por completo.

—Vale, has ganado papá, me rindo
—dijo la chica, sonriente. Sin embargo,

su sonrisa cambió cuando observó que, a pesar de sus palabras, él continuaba acercándose hacia donde ella se encontraba, cerrándole el paso.

—Papi...

Él rio de forma escalofriante.

—Un, dos, tres: Juguemos... en el mar —Susurró León, antes de empujar a su hija hasta que ésta atravesó la barandilla, sujetándose tan sólo con una mano al barco.

La pequeña Eveline miró hacia abajo asustada, observando como el barco surcaba los mares provocando aquellas espumosas aguas que se quedaban en la superficie del barco.

—Papa, no me sueltes. —Gimió, temerosa, mientras agarraba la mano de su padre como podía—. No me

sueltes, papi, me voy a caer.

Él sonrió con suficiencia desde la cubierta, notando como las uñas de su hija se clavaban en su mano, arrancándole la piel con desesperación.

—Me arrebataste a mamá —dijo—. Ella dejó de quererme por vuestra culpa. Ella me dejó a un lado y luego se fue, me abandonó gracias a ti —dijo, arrastrando las palabras lleno de rabia—. Si tu hermano no hubiese sido lo suficientemente idiota y no hubiese caído por la borda, Mabel jamás hubiese enfermado de tristeza.

—Papa ¿Qué estás diciendo? Cógeme, me voy a caer, papi —Dijo asustada la pequeña, mientras miraba hacia debajo de vez en cuando—.

Tengo miedo Ya no quiero jugar más a éste juego...

*—Paga tus pecados, Eveline —
Susurró León, fríamente; mientras miraba a su hija—. Hasta nunca —dijo, antes de agitar su mano y observar como la morena niña caía por la borda del barco.*

—¡NOOOO! ¡NO, LEÓN, NO! —Chilló una mujer tras él. Más, el hombre, sólo sonrió satisfecho al tiempo que se giraba terroríficamente—. ¡EVELINE! ¡EVELINE, NO! —Gritó de nuevo la chica, apoyándose en la barandilla, intentando buscar a la niña entre la espuma del mar. Sin embargo, era demasiado tarde, no había llegado a tiempo...

El resto era historia. Por increíble que pareciese, Eveline consiguió llegar hasta aquella hermosa Isla y apañárselas sola alimentándose a base de cocos y comida que se encontraban allí de forma natural. Hasta que llegó Keilan. Hasta que llegó él para sacarla de aquella infernal existencia. Durante largos años, la chica, había tratado de contactar con su hermano desde la Isla, y con la hija de una de las mujeres que más quiso durante toda su vida...

—Sí, lo recuerdas bien, Eveline. Sé que lo recuerdas. —La voz de León interrumpió los sucesos recordados de la morena—. Ahora ocurrirá de nuevo. Ahora no podréis hacer nada para evitar la venganza. Nadie escapa ante mis antojos. Os recomiendo que no hagáis

nada por impedirlo. La suerte está echada.

—¡Más quisieras! —Jack sacó su espada inmediatamente después.

—¿Osas pelear contra tú propio padre...? —León arqueó una ceja—. Perderías, te lo aseguro. Pero en el improbable caso de que no lo hicieses, en cuando yo cayese alguien encendería esa abrocha. Y tú querida amada moriría, entre el fuego, al instante. Verás, siempre me han encantado los juegos...

—No lo hagas, Jack —Pidió Dean, tras él.

—Espera. —Le rogó Eveline, temiendo que Elizabeth pudiese sufrir peligro alguno.

La morena temblaba de pies a cabeza.

Estaba terriblemente nerviosa. Se había salvado de una, pero ¿Y ahora? No deseaba que nada malo les ocurriese a todos sus compañeros. Y menos por su culpa, por no saber haber hecho las cosas bien.

Sin embargo, Jack avanzó unos pasos, acercándose lentamente hacia el enemigo. Owen continuaba agarrando fuertemente la antorcha de fuego al lado de Elizabeth. Y ésta respiraba con dificultad, totalmente aterrorizada.

—Si te gusta jugar, papá, hagámoslo de forma limpia. Juega un juego limpio, si es que sabes.

León arrugó levemente la nariz.

—No quiero jugar. Lo único que quiero es que mueras, tanto tú como tu hermana. Borrar vuestro estúpido

recuerdo es lo único que puede hacer que vuelva a ser feliz.

—Jugaremos, entonces, al juego de matar —dijo rápidamente Jack, a pesar de las insistencias de Eveline para que frenase aquella conversación—. Owen ¿Te apetece jugar a ti también...?

El otro alzó el rostro como si no estuviese en aquella conversación.

—Me gustan más los juegos pirómanos —Ironizó, señalando su antorcha y las pequeñas ramas secas que se encontraban bajo Elizabeth.

—Está bien. —Jack rio, sarcástico—. Los cobardes nunca saben jugar bien, lo prefiero así. Papá, contaré hasta tres.

León lo miró de soslayo. Verdaderamente no había esperado aquella valiente elección por parte de su

hijo.

—Un, dos, tres: Ahora sí jugamos en el mar —siseó Jack.

Y entonces acudieron momentos a su mente. Momentos en los que se encontraba con su madre abrazado, cuando apenas tenía cuatro años. El momento en el cual le regaló a Eveline el pequeño oso de peluche. Recordó, al fin recordó, lo mucho que amaba a su querida hermana, los buenos momentos de su escasa infancia, las lágrimas derramadas sin razón, el gran amor que sentía por Elizabeth, el infinito amor que había crecido en él al enterarse de que pronto sería padre. Recordó cuando cayó al mar, en el barco, recordó como aquel hombre que tanto había apreciado lo salvó. Y recordó que no era la

primera vez, en los últimos años, que se cruzaba con su padre. El día aquel día que Patrick, su fiel amigo había muerto, alguien les había atacado sin razón. Y sólo tuvo que alzar la vista para observar, a lo lejos en el mar, aquel gran buque causante de la desgracia. Lloró. Sintió como pequeñas lágrimas luchaban por escapar de su rostro. Pero no era el momento, no ahora. Lo que debía hacer en aquel instante era acabar con tanto odio. Con aquello que había sido odio, lo que era odio e incluso lo que, si no conseguía erradicar, en un futuro sería aún más odio. ¿Cómo no se había dado cuenta antes de lo que Eveline significaba para él...? ¿Cómo había dejado tantos cabos sueltos en su vida? ¿Cómo habían pasado tantos detalles

desapercibidos ante sus ojos...? Nunca más. Nunca más fallaría como lo había hecho.

Jack sacó lentamente su espada, mientras los ojos de Elizabeth se humedecían, al igual que los de Eveline e incluso la pequeña Amy que se encontraba cobijada entre los brazos de Dean. El cual, junto con los demás, también había sacado su espada, preparándose por si algo iba mal...

La melodía de las olas sonó de fondo, mientras el pirata avanzaba con valentía hacia su enemigo. Con fuerza, con coraje e infinidad de valor. Hacia el infinito.

El filo de su espada chocó contra la potente voz de la luna llena. La lluvia había desaparecido, pero el escarchado suelo contenía reposando agua en su

interior, que reflejaba a la perfección la imagen de Jack.

Fue un primer contacto. Un primer contacto contra la espada de su padre. Fue testigo del primer sonido, un sonoro ruido producido cuando dos metales chocan entre sí. Pero no le importó. Alzó la espada de nuevo, preparado para contraatacar otra vez. Una tras otra Aquel frenético sonido inundó la playa de la Isla.

—Dios mío —Gimió Eveline. Aquello era como jugar a la ruleta rusa. Cualquiera podría morir en aquel mismo instante. Se abrazó a un nervioso Keilan, intentando calmarse.

Sin embargo, tras el frenético recorrido de espadas, que brillaban de acá para allá, Jack se deslizó hacia el

suelo tras resbalar con el barro del suelo. Dean dio un paso adelante: Sin embargo, sabía que no podía hacerlo. Un poco más de tiempo, sólo un poco más Y todo aquello sería legal en las normas de los Piratas.

León alzó su espada, los demás compañeros de Jack comenzaron a correr hacia él, sin embargo, la tripulación de León se interpuso en su camino, luchando contra ellos. Las chicas sacaron sus armas introduciéndose en el combate, intentando llegar hasta Jack para socorrerle. Elizabeth, mientras tanto, cerró los ojos rezando, rezándole a la naturaleza, al más allá, al mar, al viento, a las estrellas de la noche, a todo lo que rodeaba su ser, para que le diese suerte

para que hiciese justicia, simplemente para eso.

—Perdiste. —León rio, aún con la espada alzada y su hijo en el suelo, siendo la perfecta presa para ser acabado rápidamente, sin problema alguno—. Nos hemos divertido poco, el juego ha sido muy rápido —Sonrió malévolamente, como sólo él podía hacerlo. —Hasta nunca—. Susurró.

Pum.

Sólo un disparo. Sólo un disparo rompió con el ambiente que se había formado aquella melancólica noche.

El cuerpo de León Rowen se deslizó, como a cámara lenta, hacia el suelo, justo detrás de su hijo. Jack se quedó tendido en el suelo, mientras sus ojos observaban la figura que se encontraba

tras el ahora fallecido cuerpo de León. Una mujer de bellas facciones, junto con un hermoso cabello castaño como la piel, sujetaba una pistola de la cual salían aun pequeñas motitas de humo. Respiraba con dificultad, pero parecía no haber estado jamás tan segura de lo que había hecho en aquellos instantes. Y una muchacha morena gritó a lo lejos, observando maravillada aquella imagen que pensó jamás vería de nuevo.

—¡Sarah! ¡Sarah! —Chilló, con lágrimas en los ojos, mientras corría hacia allí. Un abrazo fundió a las dos mujeres, repleto de cariño.

Jack se levantó rápidamente del suelo, mientras sus compañeros continuaban luchando con la tripulación del fallecido capitán. Se dirigió a una velocidad

trepidante hasta donde Owen se encontraba con la antorcha. Gimió. Estaba encarcelado.

—¡No te acerques o la tiro! —Gritó Owen, colocándose al lado de la pelirroja.

Jack paró en seco de caminar, situándose a unos metros de él.

—No te acerques —Repitió el otro, aterrizado al ver como su nuevo capitán había caído.

Sin embargo, Jack sabía que sólo podía jugar una carta a su favor. Y si algo ocurría, aunque su propia vida fuese en ello, entraría entre las llamas para sacar de allí el cuerpo de la pelirroja. Todos los demás estaban luchando algo más alejados, contra la otra tripulación e incluso los hombres

del rey Marcus, y Sarah, su esposa, se encontraban en ello.

Por eso, Jack, apenas tuvo tiempo para pensar lo que iba hacer. Con un gran salto se abalanzó contra Owen, tirándolo al suelo. La antorcha se deslizó hacia un lado, de forma que algunas hierbas secas, pequeñas, comenzaron a arder, cerca de donde la pelirroja se encontraba.

Jack golpeó con fuerza el rostro de Owen, rompiéndole la nariz, de forma que éste comenzó a sangrar abundantemente. Sin embargo, Jack no contaba con algo que sí tenía Owen: No le quedaban balas.

Por ello, cuando Owen sacó su pistola apuntando hacia la cabeza de Jack, éste se dio cuenta del grave error, al hacer

las cosas de forma tan impulsiva. Tenía la pistola en la frente cuando alguien dio otro disparo: Segunda vez que le salvaban aquella noche tras murmurar unas secas palabras, de una persona conocida.

—La fiel amistad nunca se pierde en el olvido —Dijo Dean, antes de apretar fuertemente el gatillo, disparando justo sobre la frente de Owen.

Éste se deslizó hasta el suelo, desplomándose secamente sobre él. Jack se levantó de un salto, cuando observó como las llamas se acercaban hasta Elizabeth. Rápidamente, pasó justo delante del fuego, quemándose levemente los brazos, pero sin darle la menor importancia. Y en apenas unos instantes desató el cuerpo de su amada

de aquellas ramas, poniéndola a salvo justo a su lado.

Pronto se rindieron la tripulación del asesino pirata, cuando las tropas de la corte vencieron a la mayoría de ellos.

Y cuando todo acabó, una débil lluvia mojó de nuevo los cuerpos de los supervivientes, mientras las pequeñas luces continuaban brillando aquel hermoso reflejo en las aguas de la playa.

Epílogo

El tiempo había cosechado los frutos que habían sido sembrados con tanto esfuerzo.

Las sombras de la desdicha y el odio continuaban desatando escalofríos. Pero ya no estaban allí: Se habían extinguido para siempre. Sólo su recuerdo continuaba intacto en las mentes de quienes habían vivido las acciones de la semilla del mal y el rencor.

Lo que en un principio había comenzado como una hermosa historia de amor, había concluido en un relato repleto de odio y traición hacia los propios sentimientos.

Elizabeth jamás hubiese podido

imaginar, si no fuese porque Eveline se lo había contado anteriormente, la verdadera historia. La historia pirata de aquel siglo que durante años fue recordada en las Islas de los alrededores: Estaba segura de que cuando Mabel y León se casaron...

Él era un hombre completamente diferente. Sin embargo, a menudo, el amor puede llegar a volverse obsesión. Y la obsesión en locura. León Rowen partió de aquella escalofriante cadena; sintiendo celos incluso del trato que Mabel daba a sus propios hijos, fruto, supuestamente de su amor. Y culpando a todos, quienes menos habían hecho en ello, por la muerte de la madre de los mellizos.

Pero aún menos hubiese imaginado

Elizabeth que su propia y verdadera madre se encontraba tras aquella historia. Y que tenía un papel importante en ello, desde luego: Cuando Mabel murió, León llegó a la Isla donde Marcus reinaba. Y en un momento de locura, cuando Sarah lo conoció, agobiada por las limitadas libertades de palacio, decidió huir con él hacia lo desconocido, esperando encontrarse con cien mil maravillosas historias de Piratas que jamás llegaron. Lo que en un principio se había antojado como una fascinante vivencia se tornó en el mismísimo infierno. Pero hubo algo, hubo algo que impidió que Sarah volviese junto a los brazos de su marido y de su pequeña hija: Ella. Eveline le había robado el corazón con una sola

mirada. Y, tras un tiempo en el barco, y descubrir cómo era verdaderamente León Rowen, no se sentía capaz para abandonar a su suerte a la pequeña Eveline; pues sentía un formidable cariño hacia ella. Por ello, el día que la niña cayó por la cubierta algo en su corazón se apagó. Por suerte, ese apagón volvió a tomar luz tras encontrarla de nuevo, junto a su propia hija; cuando por fin, en un despiste de León, tras años de desgracia, consiguió escapar de aquel escalofriante barco y volver de nuevo a la corte, junto a Marcus: ese hombre que siempre había amado, a pesar de sus equivocaciones a lo largo de los años.

Por suerte todo se había solucionado rápidamente. Aquella noche, en la Isla, quedaría presente para siempre en la

mente de todos ellos.

Sin embargo, dicen que, tras la tempestad, siempre llega la calma Y así fue: Elizabeth dio a luz a un hermoso bebé, varón, al cual llamaron Patrick, como buen nombre de pirata. La pelirroja estaba como en trance, viviendo uno de los mejores momentos de su vida. Al fin tenía a su madre al lado, quien no podría estar más orgullosa de su hija, por el hecho de recuperarla y poder darle el cariño que nunca le había podido demostrar. Además, todos se habían instalado en una pequeña Isla, al Sur de la frontera, llamada "caracol", donde se encontraba poblado pacífico y la mar de tranquilo. No eran lujos, exactamente, lo que necesitaban, desde luego. Allí

conocieron la verdadera felicidad.

Por su parte, Jack había encontrado aquel camino que un día siempre quiso seguir. El camino de conocerse a sí mismo, el camino de sentir. Jamás hubiese creído, si se lo hubiesen comentado años atrás, que alguien pudiese irradiar tanto amor como él mismo lo hacía ahora. En ningún momento deseaba separarse de su pequeño bebé, al igual que el hecho de dejar de mimar a Elizabeth. Se sentía como en trance, dando gracias a la propia vida por haberle tendido aquella sentimental fortuna tan valiosa.

Y, por extraño que pareciese, una parte de su interior echaba de menos los sueños que, durante tantos años, había tenido cada noche. Pero ahora la tenía a

ella cerca. Su único familiar vivo, su mismo retrato su hermana. Y a pesar de los años que habían estado separados continuaba existiendo ese vínculo que los unía de una forma totalmente especial, incapaz de descifrar.

Así mismo, Eveline obtuvo al fin la oportunidad de ser completamente feliz. Keilan le había confesado finalmente sus verdaderos sentimientos hacia ella y, la morena, alegre por recibir aquello que siempre había deseado, no había dudado en regalarle todo su cariño y amor.

Además, por si aquello fuese poco, ahora se encontraba a salvo al lado de su hermano. Él poseía un temple especial, algo que le demostraba una infinita protección; al igual que la cálida mirada de Elizabeth y su pequeño

sobrino recién nacido.

Ahora volvía a encontrarse en un pequeño poblado de una Isla, pero todo era diferente. La gente, la alegría, la satisfacción de haber vencido finalmente Todo. Y Sarah seguía viva. Esa mujer que Eveline tanto había querido durante su infancia, esa mujer que la había tratado como a una verdadera hija cuando ella no tenía nada más...

Liam, desde luego, había aprendido mucho de todo aquello. Rápidamente cambió: Dejó a un lado el orgullo, la mezquindad y todos aquellos sentimientos que no valían la pena. Por suerte, el amor también llegó hasta él, cuando conoció a una sencilla muchacha que habitaba en aquel poblado. Ahora se

sentía pleno, al lado de sus seres queridos. Sin demasiado dinero, pero afortunado como nunca.

Y aquel día era un día muy especial:

—¡Ya llega! —Chilló Liam, mientras cogía la mano de la morena muchacha que había conquistado su corazón.

—¡Está ahí...! —Aclamó también Jack, divertido.

Todos se encontraban en la playa. Había muchísimos invitados. Todos los humildes habitantes del poblado junto con viejos conocidos. Las olas chocaban contra la blanca arena, donde se encontraba un blanco altar repleto de diminutas flores moradas.

Una muchacha rubia, de largos cabellos ondulados donde brillaban pequeñas perlas blancas, comenzó a

caminar por la arena, con los pies descalzos; mientras sus ojos se chocaban contra los de su futuro marido Cual la miraba hipnotizado desde lo alto del altar, anhelando coger su mano delicadamente.

Todos los presentes se quedaron sorprendidos al ver la belleza de la chica que caminaba lentamente, disfrutando de uno de los mejores días de su vida. Aquel vestido blanco, artesanal y suelto, que llevaba, le daba un aire sencillo y armonioso.

Finalmente llegó hasta el altar. Dean, vestido también con un traje sencillo, cogió su mano con delicadeza. Todos los presentes sonrieron.

Elizabeth rio al son de las olas, mientras la hermosa brisa de la

primavera chocaba contra su rostro: Su mundo florecía al fin. Lo tenía todo, todo lo que cualquier persona humilde podía desear. Sonrió de nuevo al tiempo que cogía la mano de Jack, quien se encontraba entretenido jugando con su pequeño hijo de apenas año y medio, cual reposaba entre sus piernas felizmente, medio dormido, gracias al suave aroma del mar.

Quizá Elizabeth no se lo había plantado hasta aquel momento, pero Amy había estado siempre con ella desde el principio hasta el fin. La pelirroja sentía una increíble alegría por su amiga, por su destino, por el regalo que la vida les había tendido a todos, a pesar de los momentos tristes pasados.

Finalmente, cuando todos los

presentes se sentaron, en cuanto Amy llegó al altar, uno de los hombres de la población comenzó a hablar:

—Nos hemos reunido aquí, junto a la naturaleza, para celebrar este magnífico día en el cual Dean y Amy unirán sus almas para siempre. —Sonrió amablemente—. Dean ¿Deseas compartir el resto de tu vida con Amy?

El moreno sintió que se llenaba de orgullo. Su vista se dirigió durante unos instantes hacia donde Jack se encontraba sentado. Sonrió, algo más tranquilo, cuando éste le guiñó un ojo divertido por el nerviosismo de su amigo. Dean cogió la mano de la rubia entre las suyas, antes de responder:

—Es lo que más deseo en el mundo.

El hombre prosiguió:

—Amy ¿Compartirás el resto de tú vida con Dean...?

—Por supuesto que sí —respondió con los ojos enrojecidos a causa de la emoción.

—Que así sea. —El hombre que les daba la ceremonia sonrió amablemente—. Que vuestras almas sigan juntas eternamente, aunque vuestros cuerpos se separen, más allá de la vida. Os deseo una felicidad incalculable hasta el fin de los días —dijo.

Cuando terminó de hablar, Dean se inclinó lentamente hasta besar los labios de su amada; quien sonrió sin poder evitarlo presa de la emoción del momento.

Los presentes, por su parte, se levantaron inmediatamente aplaudiendo

entre silbidos y sonrisas. La boda terminó tras un exquisito banquete, al cual asistieron todos. Más tarde, cuando comenzó a anochecer no cesaron los bailes tradicionales de la población alrededor de una confortable hoguera, mientras todos brindaban por los enamorados. Finalmente, cuando todo acabó Elizabeth se dirigió hacia su pequeña casita de madera para acostar a Jack, cual, tras el ajetreo de todo aquel día se encontraba totalmente agotado.

—Buenas noches, mi bebé —dijo, sonriente; dándole un pequeño beso en la frente al dormido pequeño.

Jack posó una mano sobre el hombro de la muchacha.

—Esta noche te secuestraré cinco minutos —dijo, sonriente como siempre

desde que todo había acabado—. ¿No te importará demasiado, mi querida princesa, regalarle cinco minutos a tu descabellado pirata secuestrador, verdad...?

Elizabeth sonrió, dadas las ironías de la frase; sin embargo, un tierno beso en los labios acalló toda repuesta negativa.

Los dos enamorados salieron de la casita cogidos de la mano, con la tranquilidad de que nada malo podría ocurrirle allí a su hijo. Se dirigieron hacia la playa, que se encontraba apenas a unos minutos.

Cuando llegaron allí Jack agarró la mano de Elizabeth con fuerza, mientras la miraba fijamente a los ojos:

—¿Confías plenamente en mí...? —
Le dijo.

Elizabeth sonrió.

—Por supuesto, más allá de lo que pueda llegar a contar el mismo infinito —contestó ella.

Jack también sonrió. Y, agarrado fuertemente de su mano, comenzó a caminar hasta el mismo mar. Elizabeth sintió como el agua tocaba sus zapatos, así que se los quitó al igual que Jack. Poco después la ropa también quedó a un lado.

Juntos, tal como la vida le había traído al mundo, se internaron en el mar; sintiendo la suavidad de las olas al rozar sus cuerpos. Cuando el agua les cubrió hasta los hombros, Jack paró de caminar y la abrazó fuertemente entre sus brazos, sintiendo como su corazón bombeaba su sangre a una velocidad

trepidante, impulsado por la euforia del maravilloso contacto.

Y un beso fundió todas sus emociones.

No les hacía falta casarse, sabían que se amaban sobre todas las cosas. Y que, sin que alguien se lo asegurase, sus almas estarían juntas eternamente. E, incluso, tras ver como Jack había luchado con su hija, el mismísimo Marcus, rey de una de las Islas más conocidas de los alrededores, había accedido a que ellos pasasen el resto de su vida juntos, sin ningún tipo de represión.

Jack sintió un pequeño cosquilleo al introducirse en el interior de la pelirroja. Aspiró su aroma embobado, mientras las olas continuaban balanceando sus cuerpos al ritmo de las

pasionales embestidas. Finalmente, una extraña sensación de paz los invadió a ambos.

El pirata apartó del rostro de la princesa los mechones pelirrojos que caían sobre su frente, totalmente empapados. Y ella se abrazó fuertemente a él, sintiendo la tersa piel del torso del chico.

—Te amo —Le susurró. Él sonrió de nuevo.

—Yo también, mi vida...

Y la noche iluminó sus cuerpos desnudos, reflejando en el agua el sentimiento del amor mientras las espumosas olas salpicaban sus sentidos.

Fin.